

Boletín 144 Editorial

MARZO-ABRIL DE 2010



Berta Ulloa Ortiz (1927-2003)

Anne Staples

Tradiciones verbales y responsabilidades públicas

Luis Fernando Lara

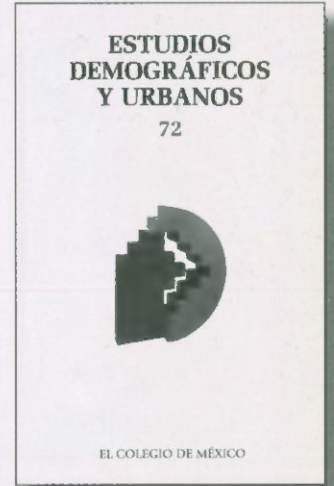
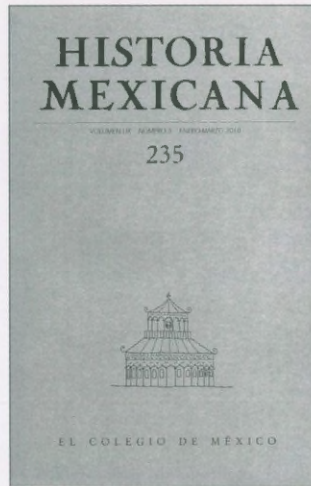
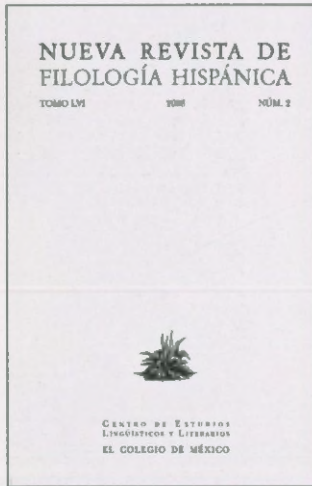
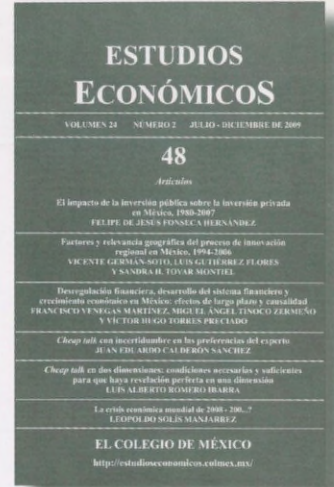
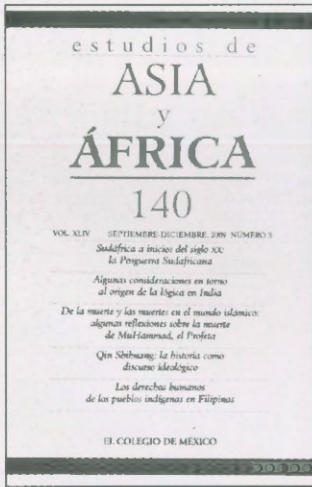
De lengua a lengua

Tomás Segovia

Raimundo Lida, filólogo y humanista peregrino

Clara E. Lida y Fernando Lida García

PUBLICACIONES PERIÓDICICAS



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:

Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,

Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:

publicolmex@colmex.mx



ÍNDICE

Berta Ulloa Ortiz, (1927-2003)

■ *Anne Staples* ■ 3

Tradiciones verbales
y responsabilidades públicas

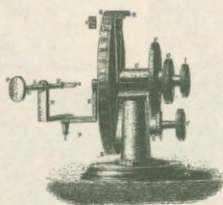
■ *Luis Fernando Lara* ■ 5

De lengua a lengua

■ *Tomás Segovia* ■ 11

Raimundo Lida, filólogo
y humanista peregrino

■ *Clara E. Lida y Fernando Lida García* ■ 18



Ilustraciones tomadas de *A Treatise on Chemistry*
de H. F. Roscoe y C. Schorlemmer, MacMillan, Londres, 1881;
fotografías de Berta Ulloa, archivo de eventos especiales;
de Raimundo Lida, archivos de la familia Lida

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740, México, D. F., teléfono 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCADIÉGO DANTAN ■ Secretario general MANUEL ORDORICA ■ Coordinador general académico JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo ÁLVARO BAILLET ■ Director de publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ Coordinador de producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ Coordinadora de promoción y ventas NINEL SALCEDO ROMERO

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 144, MARZO-ABRIL DE 2010

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

Formación y corrección Logos Editores

Diseño de portada EZEQUIEL DE LA ROSA

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.



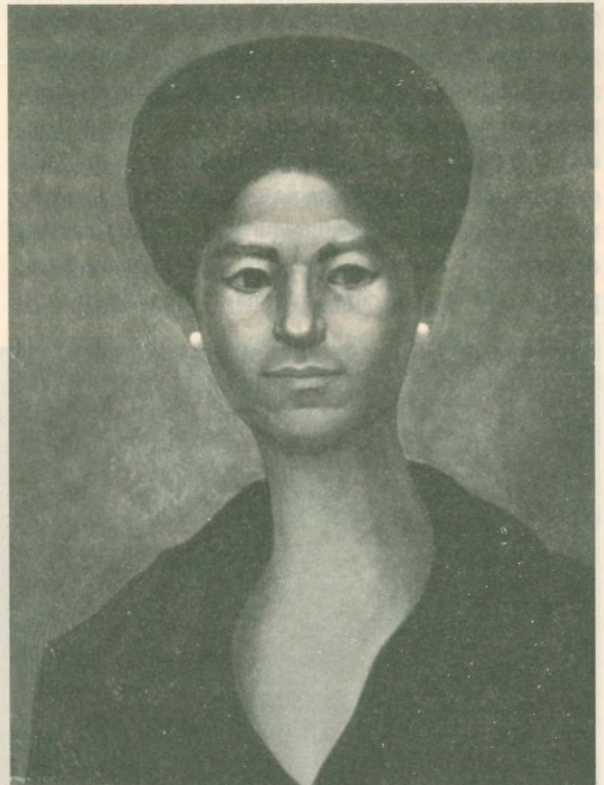
Berta Ulloa Ortiz (1927-2003)

Un amor entrañable por la tierra, la de sus antepasados en Nayarit y la de su infancia en Veracruz, marcó el principio y el fin de la vida de Berta Ulloa. Siempre añoró el puerto jarocho con su sabrosa comida, ambiente guapachoso y estupendo café. Gracias a la generosidad de su sobrino, Manuel Ulloa, pudo pasar los últimos meses de su vida a la orilla del mar, viendo correr a los niños sobre la arena y volar las gaviotas sobre las olas.

Entre ese punto de su partida definitiva del puerto veracruzano y su nacimiento en la ciudad de México, 76 años antes, transcurrió una vida cuya característica sobresaliente fue la entrega: se dedicó a cuidar a sus familiares, amigos y compañeros, y a cumplir con sus compromisos profesionales. Volcó su cariño y buena voluntad hacia los suyos y los extraños, y en particular, hacia sus colegas del Centro de Estudios Históricos.

El primer amor de Berta fue la historia prehispánica, pensaba dedicar la vida a su estudio. En las antiguas instalaciones del Departamento de Investigaciones Históricas del Castillo de Chapultepec, trabajó con Wigberto Jiménez Moreno y, al mismo tiempo, llevó cursos de historia prehispánica en la maestría de la Escuela Nacional de Antropología. Luego se interpusieron en su camino otros proyectos, como recorrer los archivos de Europa y de América en búsqueda de fuentes para la historia contemporánea. Apoyada por Daniel Cosío Villegas, fue de Argentina a Estados Unidos, Francia e Inglaterra para conocer sus colecciones documentales. Dio un brinco de siglos, para no regresar jamás a la investigación de temas prehispánicos. Pero su amor por ellos no dismi-

nuyó. Los terrenos de cultivo de su familia se ubicaron cerca de una zona arqueológica importante en Nayarit, en los municipios de Ixtlán del Río y de Aguacatlán. Los labradores le llevaban piezas encontradas en estos terrenos, que con el tiempo se juntaron con otras obsequiadas por las culturas del Golfo y de la Meseta Central. La colección que la familia de Berta Ulloa donó a El Colegio de México es testimonio de la pasión que sintió por nuestro lejano pasado, parte íntegra de nuestro hoy.





No podemos más que agradecer a los Ulloa esta generosidad. Los libros de Berta están en nuestra biblioteca; sus piezas prehispánicas, debidamente registradas por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, acompañan a los libros en la entrada de la biblioteca, y otras, las más, están aquí, en la Sala de Profesores, corazón de nuestro convivir comunitario.

El traslado en 1976 del pequeño mundo de la calle Guanajuato 125, en plena colonia Roma, al lejano y despoblado Camino al Ajusco significó ocupar un edificio recién construido, todavía húmedo, extremadamente frío, donde los trabajadores, cual cuadrillas de constructores de pirámides, cincelaban a mano las inagotables superficies de los muros para darles la textura rugosa apetecida por el arquitecto. En medio del golpeteo constante y de temperaturas que recordaban a Siberia, había un lugar cálido en El Colegio de México. Era el cubículo de Berta, donde siempre había café, galletas y una permanente invitación a sentarse a platicar. Ella hablaba de sus viajes, de las personas que conocía, y entre esas pláticas, sin sentirlo, iba emergiendo una visión de la

vida, una filosofía, una moral que enaltecía los valores más admirados de nuestra civilización. Este espacio de reunión, fue un lugar privilegiado para hablar de libros, intercambiar opiniones, crear la comunicación que define a una comunidad académica. Era informal, espontáneo, y reflejaba la personalidad de Berta, capaz de atraernos, de proveer un ambiente grato, sabio y virtuoso en el sentido más clásico. Así desempeñó su vocación de verdadera maestra.

Tanto colaboradores como alumnos guardan un cariñoso recuerdo de ella. Como dijo hace poco una egresada procedente de Guatemala, el calor y la amabilidad con los que fue recibida en el Centro de Estudios Históricos, encabezado por Berta Ulloa, hace casi tres décadas, forma parte de sus recuerdos más apreciados. Para todos aquellos que recibían su saludo cada mañana, de quienes se despedía cada tarde, que llegaban a tomar el café o simplemente a comentar los vericuetos de la naturaleza humana, su presencia fue enriquecedora, su calidad académica admirable y su calidez un ejemplo a seguir. En nombre de todos, gracias, Berta. ☞



Tradiciones verbales y responsabilidades públicas

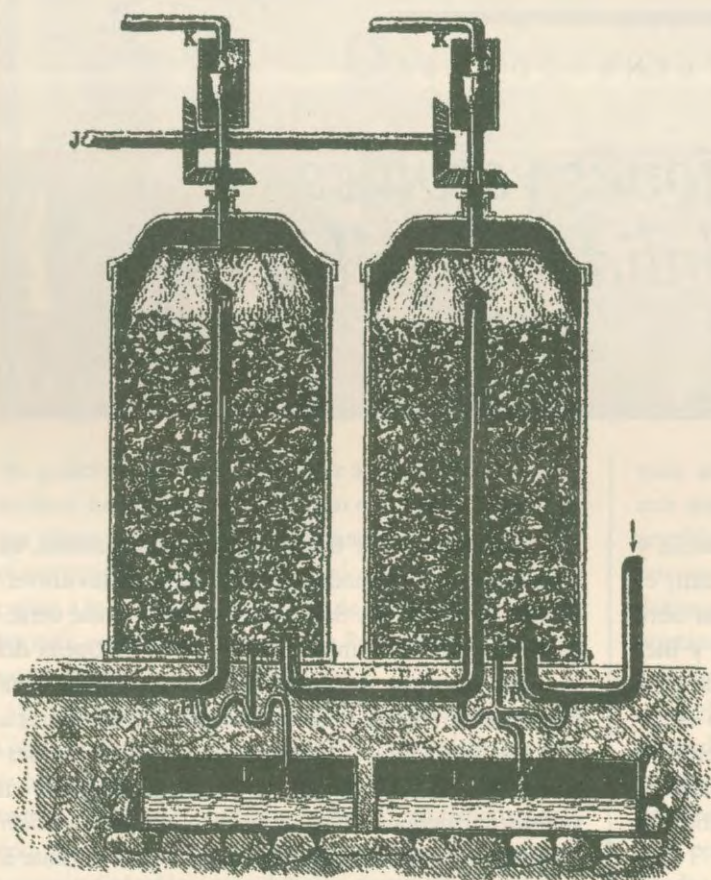
Alfonso X el Sabio, rey de Castilla y León a mediados del siglo XIII, es bien conocido por su amplia obra jurídica, científica, histórica y literaria. Por mucho tiempo se le consideró creador del castellano como lengua nacional; la investigación posterior ha venido a demostrar unas características menos llamativas, pero quizá más importantes y profundas de su contribución intelectual.

Como lo sostiene el filólogo alemán Hans Josef Niederehe en su libro: *Ideas lingüísticas de Alfonso el Sabio*, el rey no elaboró un concepto de nación tal como lo entendemos ahora. En plena época de las luchas de reconquista de los territorios hispanogodos a los árabes, la idea central que unía a los españoles era más bien la lucha del cristianismo contra la invasión musulmana; es decir, se concebían a sí mismos como cristianos más que como integrantes de una nación española. Si bien la lengua materna de Alfonso el Sabio —aunque su madre haya sido Beatriz de Suabia— era el castellano, su política no era, como diríamos ahora, de “castellanización” de la Península; no pretendía imponer ni expandir el castellano a costa de las otras lenguas peninsulares o incluso sobre el provenzal o el latín reformado de la baja Edad Media. Consecuentemente, no pretendía hacer del castellano una “lengua oficial”, que sustituyera a las demás lenguas que concurrían en su época y en sus territorios.

Sin embargo, es un hecho que su actividad lingüística representó uno de los momentos más luminosos e importantes de la historia del español. ¿Qué buscaba, entonces, Alfonso el Sabio?

El conocimiento se transmitía, tradicionalmente, en latín. Antes de su reinado se habían fundado las universidades de Palencia y Salamanca, y las disputas, características de la vida universitaria y de la búsqueda del conocimiento que se llevaban a cabo en Boloña o en París le eran conocidas. A la vez, en su época florecía la poesía trovadoresca, cuya práctica se extendía desde Italia hasta Portugal, en provenzal, en catalán y en gallego-portugués. El código jurídico visigótico o *Liber iudiciorum*, se había traducido al castellano durante el reinado del padre de Alfonso, Fernando III, *el Santo*: el famoso *Fuero juzgo*. Es decir, la situación lingüística de España, así como del resto de Europa era de multiplicidad de lenguas, con diferentes funciones: provenzal, catalán o gallego-portugués para la poesía lírica; castellano para la administración de justicia; latín para el conocimiento. Pero además, Alfonso el Sabio conocía el rescate que habían hecho los musulmanes del conocimiento astronómico y astrológico de la Antigüedad, así como del de la matemática, el conocimiento de las plantas, la medicina, etcétera. En Toledo, asiento de su corte, y desde tiempo antes también en Zaragoza, se habían formado círculos de traductores árabes, judíos e hispanorromanos, dedicados a verter obras previamente traducidas del griego al árabe, de éste al latín de la baja Edad Media, para luego difundirse desde allí al resto de Europa.

Se puede afirmar que para Alfonso el Sabio la multiplicidad de lenguas era un hecho natural. Él mismo escribió sus famosas *Cantigas* en gallego-portugués. Pero había dos intereses más del rey Alfonso: si ya la traducción del *Fuero juzgo* buscaba una recuperación de los códigos jurídicos esparcidos por los diferentes



territorios hispanogodos, sometidos por cerca de quinientos años al dominio musulmán y por eso mismo mal comunicados entre sí y dislocados, el rey Alfonso redactó las *Siete partidas*, un nuevo código basado en el derecho romano. El efecto de esas obras fue práctica y realmente la expansión del castellano por amplias zonas de la península ibérica, además de una aportación determinante a la construcción del español como lengua de cultura. La tradición jurídica era latina, pero la necesidad de que el aparato legal se hiciera inteligible a sus súbditos hablantes de romance de los territorios que iba reconquistando lo llevó a romper la tradición verbal de la jurisprudencia e instaurar una nueva práctica lingüística: administrar justicia en castellano.

Alfonso el Sabio fue también el primero en mandar a escribir una historia de España, la *Primera crónica general*, y una historia universal, la *General estoria*, con el mismo afán divulgador; esa actitud se notaba desde su juventud, cuando mandó traducir del árabe el *Calila e Dimna*, una colección de relatos tradicionales.

Es decir: la labor admirable de Alfonso el Sabio consistió en inaugurar sendas tradiciones escriturales del

castellano para el derecho, la historia y las ciencias, pero respetando y practicando tradiciones verbales ya establecidas. La poesía lírica se escribía en la tradición verbal gallegoportuguesa; las noticias del mundo contemporáneo y las relaciones diplomáticas se llevaban a cabo en latín, la lengua que compartía toda la Europa cristiana; pero la necesidad alfonsí de llevar a sus súbditos castellano-hablantes el conocimiento del mundo antiguo y contemporáneo, el conocimiento de la historia y las normas jurídicas, lo llevó a ampliar el ámbito funcional de su lengua materna y, en esa medida, inaugurar nuevas tradiciones verbales en castellano e impulsarlo como lengua de cultura. El reconocimiento y respeto de otras lenguas, concebidas como tradiciones verbales, como tradiciones de comunicación y entendimiento, no se contradujo con la creación de nuevas tradiciones verbales castellanas.

No es posible atribuir a esa creación de Alfonso el Sabio una motivación de responsabilidad pública; quizá por más que se propusiera divulgar el conocimiento jurídico, histórico y científico entre sus súbditos, no podríamos atribuir al rey el sentimiento de una responsabilidad hacia ellos. Las responsabilidades hacia el pueblo son creaciones más modernas.

Las tradiciones verbales para la escritura de la historia y el derecho se han conservado como parte de nuestra lengua de cultura; la de la escritura de las ciencias se vio fuertemente reprimida podríamos decir, desde que se crearon las ciencias experimentales en el siglo XVIII y la Iglesia opuso la resistencia que conocemos, bien manifiesta en el juicio a Galileo. Después, cuando la ciencia llegaba a España a contracorriente desde Francia, el español empezó a sufrir una merma en sus posibilidades de designar las realidades científicas en español, una situación que quizá ahora ha empeorado, en relación con el inglés.

No obstante lo anterior, hoy día el español es una gran lengua de cultura; su funcionalidad para la manifestación de cualquier experiencia o de cualquier idea sigue siendo plena. Se trate de física cuántica o de biología molecular, de medicina o de química, la lengua tiene capacidad para manifestar cualquier construcción intelectual. No digamos en las humanidades, en las que la lengua en que se escribe sustancia profundamente el

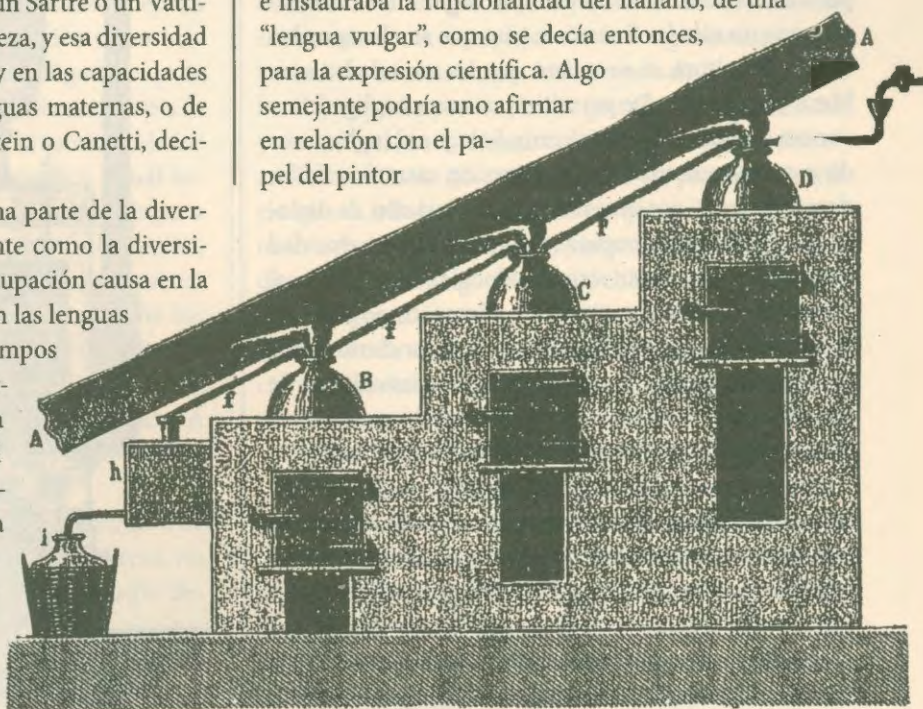
sentido de las ideas, en la medida en que éstas no son objetos naturales, presentes y más o menos evidentes para todos, sino verdaderas construcciones intelectuales, resultados de interpretaciones que van más allá de los datos escuetos y las relacionan con su época y su circunstancia.

Sin embargo, es también un hecho que, quizá desde el último cuarto del siglo xx, el inglés ha venido desplazando no sólo al español sino a otras lenguas de cultura, a las que debemos tratados monumentales e imprescindibles: el francés, el alemán o el italiano, con el inglés, por supuesto, han sido las lenguas que formaron el *humus* intelectual de nuestra civilización y de la cultura de Occidente en la edad moderna. Sus tradiciones verbales correspondientes son un enriquecimiento: junto con sus propiedades y características lingüísticas, transmiten también actitudes diversas hacia el conocimiento; significan sus objetos de estudio en su particularidad; relativan la interpretación y en los resquicios que se forman entre unas ideas y otras, entre las idiosincrasias de los pensadores y los científicos que los redactan, se abren nuevos caminos que fertilizan la creatividad intelectual. Pensemos en la filosofía: el modo de practicarla, de sistematizarla y de comunicarla es diferente en las tradiciones alemana, italiana, francesa e inglesa. No dicen lo mismo ni lo expresan de igual manera un Vico, un Hegel, un John Stuart Mill, o un Heidegger, un Wittgenstein, un Gadamer, un Ricoeur, un Sartre o un Vattimo. En esa diversidad reside su riqueza, y esa diversidad se gesta en sus experiencias vitales y en las capacidades significativas diferentes de sus lenguas maternas, o de las lenguas en que, como Wittgenstein o Canetti, decidieron escribir.

La diversidad de las lenguas forma parte de la diversidad del mundo y es tan importante como la diversidad de las especies, que tanta preocupación causa en la época actual. Ya no hay, al menos en las lenguas modernas de cultura, como en tiempos de Alfonso el Sabio, tradiciones verbales características de unas frente a otras, que limiten la funcionalidad de las lenguas. Todas son igualmente funcionales. En contra de esta verdad y por mecanismos cuya procedencia económica, política y hasta militar seguramente se puede documentar, el inglés ha venido invadiendo contemporáneamente

la función de manifestación del conocimiento, arrinconando a las otras lenguas y convirtiéndose, aparentemente, en “lingua franca” de la ciencia. Insisto: no es la lengua inglesa en sí la que desplaza a las otras lenguas, sino un amplio fenómeno político y económico ligado al control de los medios de producción científicos aplicados a la salud, a la tecnología militar, a la biotecnología, a la tecnología de las comunicaciones, etcétera.

A diferencia del funcionamiento del latín como lengua del conocimiento hasta el siglo xvii, el papel del inglés es diferente: el latín ya no era lengua materna de nadie, era una lengua que se tenía que aprender, fuera uno inglés, francés, alemán, novohispano o italiano; tampoco se podía localizar en un poder político o en un grupo de naciones, cuya influencia estuviera sostenida por un sistema económico o por una amenaza militar; su funcionalidad estaba restringida a la comunicación intelectual o al aparato eclesiástico y el horizonte científico seguía limitado a una observación acotada por la autoridad bíblica y eclesiástica; no fue por eso poca cosa la decisión de Galileo, de escribir en 1632 su *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo, tolemaico e copernicano* en italiano en vez de hacerlo en latín, como en 1610 con su *Sidereus nuncius*. Al publicar el primero en italiano, para que el público lo entendiera, abría el camino a la expresión verbal de la ciencia experimental, rompía con el control eclesiástico del conocimiento e instauraba la funcionalidad del italiano, de una “lengua vulgar”, como se decía entonces, para la expresión científica. Algo semejante podría uno afirmar en relación con el papel del pintor



Alberto Durero y la creación de vocabulario geométrico en alemán.

Sin duda nuestra educación nos permite aprender inglés, como nos ha permitido aprender francés, alemán o italiano. Pero, salvo excepciones, es de dudarse que la mayoría de los científicos tengamos la misma capacidad expresiva en inglés que un anglo-hablante nativo, como hace varios años lo demostró un estudio francés sobre la participación de hablantes de diferentes lenguas en congresos científicos cuya lengua oficial era el inglés: la participación en el debate y en la creación de ideas disminuye; los congresistas que no tienen el inglés como lengua materna asumen una posición más receptora que productiva. De esa forma, los científicos no anglo-hablantes quedan en inferioridad de condiciones.

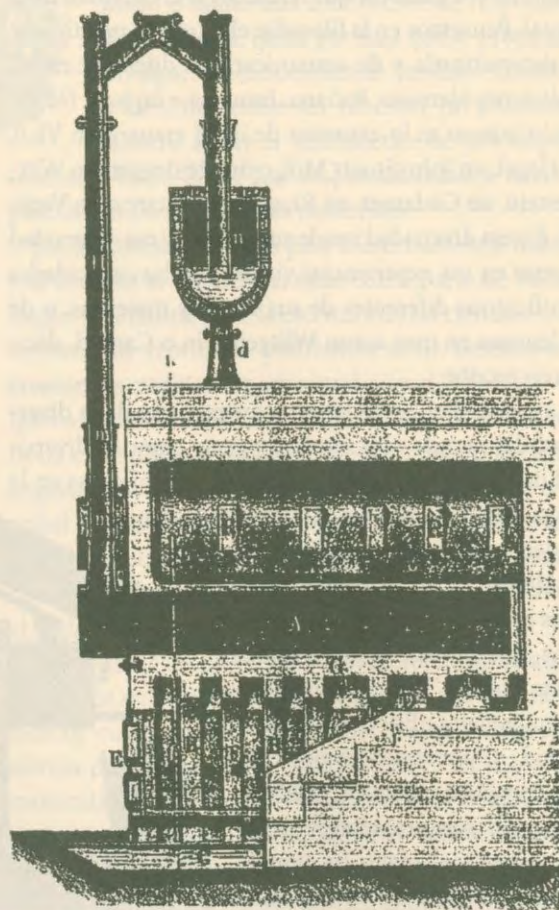
Se ha creado ya una tradición verbal inglesa para la ciencia, pero a diferencia de la época de Alfonso el Sabio, no ha emergido como una necesidad de una lengua que está construyendo su capacidad de expresión, sino que ha venido a suplantarse las tradiciones verbales de las otras lenguas.

Pero no sólo eso: en la medida en que la investigación científica depende sustancialmente de fondos públicos, provenientes de la riqueza que crean los ciudadanos, ahora sí hay una responsabilidad hacia ellos. Se trata, ni más ni menos, de la cultura en su más amplia expresión; las ciencias son o deben ser vanguardias de la cultura, pero sus producciones tienen que llegar a los ciudadanos, que no sólo las financian, sino que son los que dan vida a la cultura, si se quiere que las sociedades sean libres y creadoras. De permitir, por mera negligencia o con un designio de política mundial, que el inglés invada y colonice la función de expresión científica de las demás lenguas, nos veremos en una situación de diglosia, en que las otras lenguas van perdiendo su capacidad expresiva precisa y van siendo reducidas al ámbito local y familiar. Cuando un científico afirma, como se escucha a menudo, que es imposible manifestar cierto conocimiento en español, en francés, etcétera. las culturas de estas lenguas tiemblan y la posibilidad de que sus hablantes lleguen a ser científicos y creadores se reduce.

Parece que el conocimiento, que por naturaleza da lugar a la formación de elites, pues sólo así se pueden transmitir las tradiciones científicas y la formación intelectual del investigador, en nuestra época lleva el elitismo a otra dimensión: la de segregar al investigador o al científico de su sociedad, dando lugar a la aparición de valores privados de la elite y cada vez más autorre-

ferenciales, que ignoran los valores públicos en los que descansa la vida social y de donde procede la responsabilidad pública. Es verdad que nadie que no sea, por ejemplo, cosmólogo, podrá entender, apreciar o debatir los argumentos y los desarrollos matemáticos que sustentan las actuales teorías de cuerdas, de la materia oscura, de las singularidades en el espacio-tiempo que aparecen en las proximidades de los agujeros negros, de los multiversos posibles, etcétera, pero no deja de ser necesario que esos conocimientos lleguen a difundirse en las sociedades, para que la propia ciencia se legitime y para que las sociedades sean capaces de pensar y concebir su vida de una manera abierta y bien informada. No hay mejor antídoto al fundamentalismo religioso, así como tampoco a la tan difundida mistificación de la ciencia mediante creencias mágicas que, en vez de impulsar el interés por la ciencia, lo devalúa y lo reduce a la charlatanería.

Se ha venido pasando del natural elitismo del conocimiento al elitismo gremial de los científicos, que elaboran sus propias ideas de lo verdadero, sus "verdades



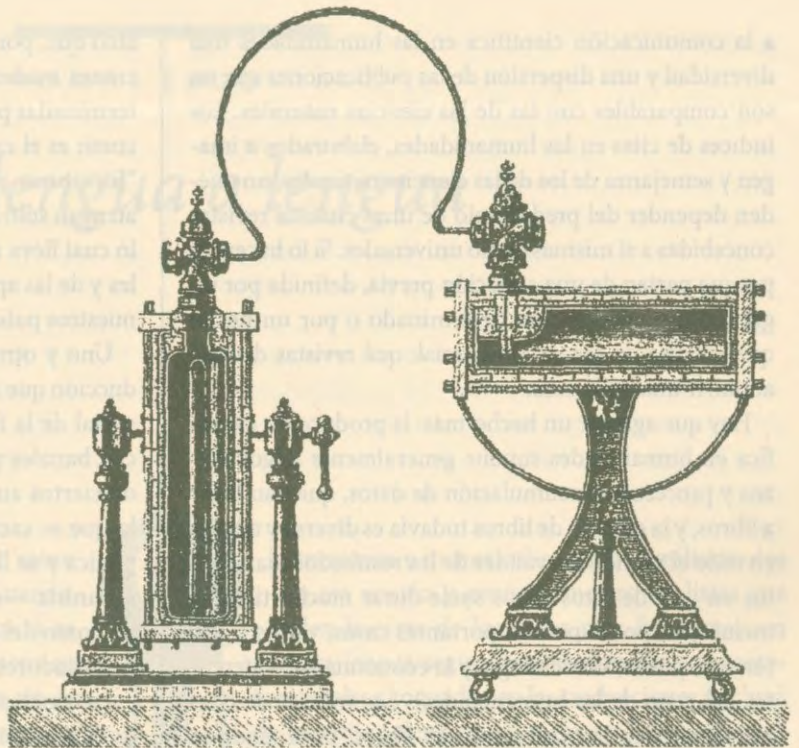
gremiales”, en independencia o soslayan-do la necesidad de que el conocimiento lleve al reconocimiento de verdades-verdades, de verdades públicas, necesariamente eslabonadas con la ética; piénsese en la posición que adoptan hoy muchos biotecnólogos, de desestimación de los riesgos que supone la manipulación ge-nética de las especies naturales, como el maíz, o del apoderamiento privado de las secuencias genéticas de los organismos naturales.

La ciencia se ha concebido, en la Edad Moderna, como una búsqueda de va-lor universal, que atañe al ser humano en cuanto especie. De ahí la insistencia, todavía actual, de que el conocimiento científico esté al alcance de cualquier persona, no se oculte ni se restrinja; y de ahí también la idea de que la ciencia re-quiere de la colaboración universal. Las revistas científicas nacen de esos valores:

su vocación es difundir el conocimiento y alimentar de esa manera el debate, la posibilidad de verificar las teo-rías o de replicar los experimentos. El científico com-parte, por principio, sus descubrimientos y sus ideas, y despierta la colaboración universal.

Una de las características más asombrosas de la época contemporánea es la enorme multiplicación de las ins-tituciones de investigación, de los investigadores y de los temas de investigación. Correspondientemente a la diversidad de la investigación actual, la cantidad de in-formación que necesita conocer el científico actual sobrepasa sus posibilidades físicas, lo que ha dado lugar a la aparición de sistemas de gestión de la información, sobre todo en los índices de citas. Tales índices parten de la suposición de que los textos más citados son los que un científico debe conocer; es decir, la cantidad de citas —no su calidad— que se puede medir automá-ticamente, es proporcional al valor de la obra citada. A la vez, las obras menos citadas o no citadas, se vuelven virtualmente inexistentes.

Cuando se trata de la investigación astronómica o de la física de altas energías, fenómenos del universo, no de sociedades humanas particulares, parece posible de-pender de los índices internacionales de citas, aunque haya el riesgo de no darse cuenta de una teoría revo-lucionaria, que por serlo es heterodoxa. Los índices de



citas suponen, en realidad, y difunden la ortodoxia en el conocimiento científico, un fenómeno bien explicado por Thomas Kuhn. Pero si se piensa, por ejemplo, en la medicina, en la que los elementos ambientales tienen un papel central y hay todavía amplio desconocimiento de la manera en que actúan y reaccionan los sistemas extremadamente complejos de los organismos vivos, los índices de citas sesgan los intereses de investigación hacia los que imponen ciertos gremios de especialistas y ciertas revistas internacionales, como *Nature* o *Science*. Estas revistas no pueden negar su procedencia de ciertas sociedades, ni el modo en que reflejan la pertinencia de la investigación delimitada por los gremios dominantes; la lengua en que publican es el inglés. El elitismo gremial encarna en elitismo de la lengua; del mismo modo en que pierde relevancia una investiga-ción heterodoxa, la pierde una investigación escrita en otra lengua.

Cuando se trata de la investigación en las humanidades —la historia, la filología, la lingüística, la antropología, incluso la sociología y debiéramos agregar la economía (para escándalo de muchos economistas)— sus objetos de estudio son singulares y acaecen en una historicidad constitutiva, que no es universal, sino que es diferente de pueblo en pueblo, de sociedad en sociedad, de época en época, de lengua en lengua. Esas características dan

a la comunicación científica en las humanidades una diversidad y una dispersión de las publicaciones que no son comparables con las de las ciencias naturales. Los índices de citas en las humanidades, elaborados a imagen y semejanza de los de las ciencias naturales, no pueden depender del predominio de unas cuantas revistas concebidas a sí mismas como universales. Si lo hacen, es porque parten de una selección previa, definida por un gremio de investigación determinado o por un hecho que no deja de ser circunstancial: qué revistas decidió adquirir una biblioteca.


Hay que agregar un hecho más: la producción científica en humanidades supone generalmente largos plazos y procesos de acumulación de datos, que dan lugar a libros, y la edición de libros todavía es diversa y amplia en todo el mundo. La validez de los resultados manifiestos en uno de estos libros suele durar mucho tiempo; incluso, en pocos pero importantes casos, varios siglos (en este punto, la sociología y la economía son diferentes del resto de las humanidades). Los índices de citas no consideran la producción de libros, pues tendrían que ampliar de tal modo sus fuentes de información, que superaría su efectividad y, probablemente, sus medios financieros. Nos encontramos de esta manera en la grave situación de que los índices de citas de las humanidades son constitutivamente parciales y defectuosos, pero adquieren una importancia que no corresponde a la realidad de la investigación.

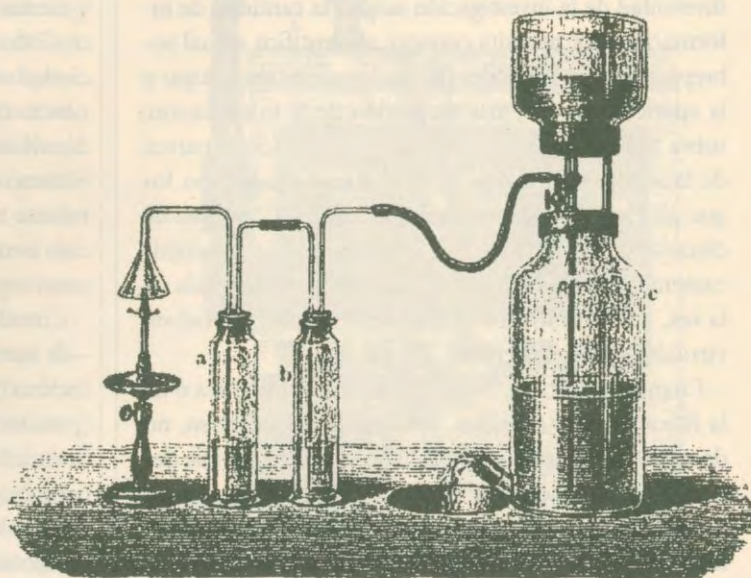
En las humanidades no hay, que yo sepa, revistas como *Nature* y *Science*. Hay revistas de gran tradición y valor en diferentes temas, como lo son *Historia mexicana* y la *Nueva revista de filología hispánica*, pero se publican otras revistas y muchos libros en todos los países de lengua española.

La historia y la filología hispánicas tienen una antigua tradición, formada por la acumulación de estudios y por los diferentes enfoques con que se las estudia. A lo largo de los siglos, ha habido obras imprescindibles todavía hoy, y la profundidad que han alcanzado mediante la investigación acuciosa de archivos vuelve necesario conocer las publicaciones de todo el ámbito hispánico. Pero se está dando el fenómeno de que investigadores de otras lenguas maternas interesados por las historias de España, de Hispanoamérica, la evolución y el estado actual del español, no sólo conozcan defectuosamente la lengua,

sino que, por un lado, impongan a estos temas concepciones inadecuadas y muchas veces extravagantes, determinadas por los intereses de moda entre los gremios, como es el caso de los llamados “estudios culturales” y “literaturas poscoloniales”; y, por el otro lado, que se atengan sólo a la comodidad de textos escritos en inglés, lo cual lleva al desconocimiento de las fuentes originales y de las aportaciones que se han venido haciendo en nuestros países y en español.

Uno y otro fenómeno se ven impulsados por la reducción que imponen los índices de citas y por el hecho social de la formación de “verdades gremiales”, acriticas, banales y profundamente desvirtuadoras del papel de ciertos autores, como Sor Juana Inés de la Cruz, a la que se saca de su lugar en la literatura barroca hispánica y se lleva al saco de la trivialidad poscolonial y feminista —sin reivindicar de veras su femineidad—, así como del soslayamiento de las contribuciones de los historiadores hispanohablantes.

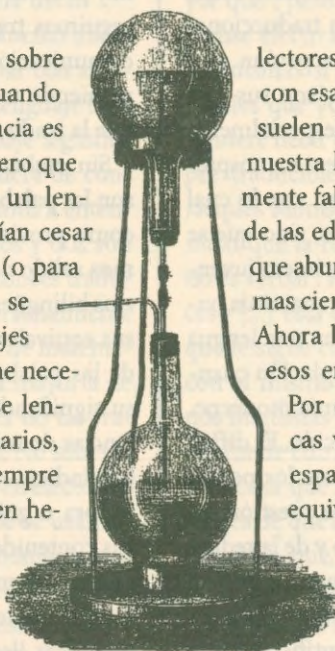
La conclusión se impone: todas las lenguas del mundo tienen derecho a conservar y renovar sus tradiciones verbales científicas, y ese derecho trasciende a los gremios de especialistas para asentarse en la responsabilidad de los especialistas hacia el público y su cultura. Las revistas especializadas debieran seguir correspondiendo al interés de sus sociedades, en vez de restringirse al juego autorreferencial de los gremios o, lo que igualmente malo, ajustarse al dictado de las medidas de impacto que crean los índices internacionales de citas, que agreden las tradiciones verbales de las lenguas y a sus hablantes. 



De lengua a lengua

¿Qué puede decir un traductor sobre el lenguaje de los científicos? Cuando Henri Poincaré dice que la ciencia es un lenguaje bien hecho, lo primero que quiere decir con eso es que es un lenguaje universal. Con ello deberían cesar los tormentos del traductor. La dificultad (o para algunos imposibilidad) de la traducción se debe a que el traductor trabaja con lenguajes particulares. Un lenguaje universal no tiene necesariamente que ser un lenguaje único. Ese lenguaje podría admitir los diferentes vocabularios, incluso sintaxis de las diversas lenguas, siempre que las definiciones fueran comunes y bien hechas, y la adecuación entre esas definiciones y su manifestación efectiva estuviera también bien hecha. Esto es a todas luces el ideal del lenguaje de la ciencia en el sentido pragmático de la palabra, o sea el lenguaje que efectivamente usan los científicos para comunicarse. Lo primero que un traductor puede decir es que en su experiencia cotidiana ese ideal deja mucho que desear. Seguramente los autores científicos y los traductores que les toman el relevo comparten la responsabilidad de esas fallas.

Pero tal vez conviene ya poner algún ejemplo para no estar hablando en el vacío. Entre traductores es bien conocida la noción de falsos cognados o “falsos amigos”, o sea la semejanza en la forma exterior (generalmente en la forma fonológica) entre palabras de lenguas diferentes que lleva a engaño al traductor, pues ese parecido aparente oculta una diferencia de significado. A pesar de que la mayoría de los traductores, y muchos



lectores más o menos cultos, están familiarizados con esa noción y conocen incluso las listas que suelen hacerse de los casos más frecuentes, en nuestra lengua seguimos encontrando constantemente falsos cognados en las traducciones, incluso de las editoriales más prestigiosas. Y lo curioso es que abundan sobre todo en las traducciones de temas científicos, en el sentido amplio de la palabra. Ahora bien, es justamente en las ciencias donde esos errores tienen consecuencias más graves.

Por ejemplo: la palabra inglesa *evidence* pocas veces significa lo mismo que la palabra española *evidencia*, la mayoría de las veces equivale a nuestra palabra *prueba*. Tal vez en una novela o en una crónica de actualidad no sea demasiado grave que se llame evidencia a una prueba, pero en epistemología una evidencia es todo lo contrario de una prueba: evidente es lo que

debemos creer sin pruebas porque es imposible probarlo. En ciencia, el principio de tercero excluido o de la igualdad del todo y la suma de las partes son evidencias; la teoría cuántica en cambio no es una evidencia: tiene que probarse experimentalmente. Una teoría que se presenta como fundada en evidencias y no en pruebas no es una teoría científica, es una religión.

No sé si esa confusión entre prueba y evidencia se habrá colado ya en el lenguaje consagrado de la ciencia jurídica, que también es una ciencia a su manera; pero en los textos que nos describen o relatan sus aplicaciones es ya casi obligatorio que nos cuenten cómo los abogados presentan “evidencias” en sus alegatos. La cosa aquí es particularmente grave. El principio general

del derecho moderno es que la culpa del acusado *nunca* es evidente: hay que probarla hasta en sus detalles. Si juzgamos a los acusados por evidencias, eso significa que hemos vuelto a la Inquisición. En México, por lo menos, es claro que en esas estamos. Tal vez fuera útil, para restaurar un poco de justicia, que el público entendiera la importancia en un juicio de no tomar nada por evidente, sino atenerse siempre a las pruebas, y además, utópicamente, sin ocultarlas ni adulterarlas.

No hace falta multiplicar los ejemplos, lo que importa es estar alerta ante esos peligros y detectarlos a tiempo. En lo que hace a nuestra lengua, habría que estar alerta no sólo ante el lenguaje de los traductores, sino ante el de los científicos mismos. Porque acostumbrados como están a manejar sus ideas o en inglés o en traducciones generalmente mediocres, ellos mismos perpetúan esos males y a la vez —que es lo más grave— son sus verdaderas víctimas. Sanear este terreno es especialmente difícil pues los hombres de ciencia suelen menospreciar cada vez más las cuestiones de lengua, con lo cual no sólo se desinteresan de estos conflictos, sino que se vuelven incapaces de percibirlos. En mi primera juventud, yo perfeccioné mi francés estudiando anatomía humana en el tratado de Leo Testut, escrito en una lengua impecable y diáfana. Qué decir de mi desolación cuando cae bajo mis ojos un tratado de anatomía moderno. Y eso que Testut era un positivista convencido. Es difícil creer hoy que hubo un tiempo en que hasta los positivistas eran humanistas. Pero bien sé que la cuestión del lenguaje de la ciencia va más allá del estilo y de la redacción. Cuando me pregunto qué pasa de lengua a lengua, no estoy pensando únicamente en la traducción o en la calidad del estilo lingüístico de los científicos; estoy preguntándome también si la lengua de la ciencia y la nuestra son dos lenguas distintas y cómo se relacionan.

Pero antes quiero seguir un momento en el terreno de la traducción. Existen diferentes propuestas para clasificar las clases de traducción; yo suelo decir que las dos clases básicas son traducir entendiendo y traducir sin entender. Clases que, por supuesto, en los hechos reales se mezclan más o menos proporcionalmente. En forma general, podríamos decir que la posibilidad de traducir sin entender es culpa del diccionario. No sólo de los diccionarios impresos que puede uno comprar en las librerías, sino también de ese diccionario virtual que vive en la cabeza de todo traductor o de toda persona más o menos bilingüe. Porque existen en esas cabezas, como en los diccionarios bilingües, listas de equivalen-

cias directas de lengua a lengua, las cuales están sedimentadas por la tradición más que por la experiencia. Es difícil rebatir la teoría elegantemente escéptica de que esas equivalencias son radical y necesariamente falsas. Esa teoría parte de que las lenguas son sistemas particulares y diferentes, y que bastaría una pequeña discrepancia entre la estructura de uno y otro de esos sistemas para hacerlos incompatibles. Toda traducción sería entonces o una ilusión o una mentira. No es fácil, en efecto, presentar pruebas (o sea *evidences*, no evidencias) de que las diferentes lenguas, por divergentes que sean, comparten algo que hace posible la comunicación y la comparación entre unas y otras. Porque de eso no hay pruebas definitivas, sino en todo caso evidencias. Si seguimos traduciendo, si incluso los teóricos de la incomunicación siguen traduciendo o por lo menos consumiendo traducciones, es porque nos parece evidente que la traducción existe y no es puramente ilusoria.

Sin embargo, eso implica que lo que se traduce no son las palabras, sino lo que llamaré por ahora, tan vaga como provisionalmente, el *contenido*. Con esto no hemos salido del todo del atolladero, porque los diccionarios bilingües, tanto materiales como virtuales, nos dan sus equivalencias no sólo en cuanto a la forma exterior de las palabras de lenguas diferentes, sino incluyendo su significado. Si un diccionario da dos o más equivalencias de una palabra —por ejemplo, *table* = mesa; tabla; índice—, es claro que no está traduciendo la forma sonora o gráfica *table*, sino su contenido, o más bien sus contenidos. No obstante, sigue siendo difícil probar que el sistema de formas verificables y sus correspondientes contenidos invisibles de una lengua, lo que los lingüistas llaman *significante* y *significado*, se corresponda con el de otra lengua. Tiene que ser pues, si algo se traduce, que no sea tampoco el significado lo que se traduce. Tiene que ser que haya otra clase de contenido. Podríamos decir, de manera pintoresca (que suele ser más pedagógica que las maneras descoloridas), que ese otro contenido está... enteramente fuera. Porque depende del contexto, en todos los sentidos de la palabra, y el contexto es lo que está fuera de la lengua —y dentro de la lengua, lo que está fuera de cada enunciado particular—. Todos sabemos que citar una frase fuera de contexto es casi siempre querer engañarnos. Esto significa que un traductor no sólo tiene que preguntarse qué dice un texto, tiene que preguntarse también qué quiere decir. Traducir como el diccionario, mediante listas de equivalencias preestablecidas, es traducir únicamente

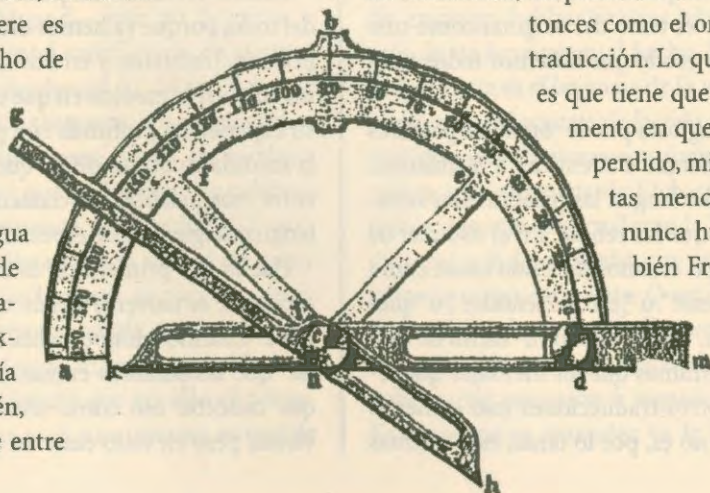
lo que el texto dice. Un diccionario puede enseñarnos por ejemplo, lo que dice la expresión *come on*, pero no puede enseñarnos todo lo que puede llegar a querer decir según la situación. Evidentemente no es lo mismo si estoy diciendo algo absurdo y alguien me dice: *come on!*, que si estoy llamando a la puerta del dormitorio de Julia Roberts y ella me susurra: *come on...* La conclusión provisional que sacaremos de esto es que traducir sin entender es traducir fuera de contexto. Yo puedo tomar un poema vanguardista francés que no entiendo, por lo menos en el sentido en que entiendo una noticia de periódico o un tratado de botánica, y con la ayuda del diccionario, o del diccionario virtual que llevo en la cabeza, traducirlo sin llegar a saber nunca qué quiere decir.

No sé si lo han notado, pero si en este momento miramos del lado de la ciencia, nos vamos a topar con algunas perplejidades. El carácter universal del lenguaje bien hecho de la ciencia implica que ese lenguaje significa siempre lo mismo; es decir, que significa fuera de contexto; por eso no es engañoso. Es lo que damos a entender cuando afirmamos ramplonamente: “dos y dos son cuatro aquí y en China”. Debería ser fácil entonces traducir textos científicos sin entenderlos. Yo personalmente podría quizá traducir un manual elemental de matemáticas plagado de ecuaciones sin entender la mayoría de éstas. Pero ¿es eso traducir? Las ecuaciones no las traduciría, las transcribiría tal cual en mi texto. No sólo sin entenderlas, sino tal vez sin nombrarlas: yo, en efecto, no sé cómo se llaman algunos de los signos que se usan en matemáticas avanzadas. Pero fíjense: esos nombres que yo ignora, los ignora también un matemático chino. Son otros los que él conoce, son nombres chinos. Entonces, en cierto sentido, no es verdad que dos y dos son cuatro aquí y en China; incluso tan cerca como en Francia no son cuatro, sino *quatre*, ni dos, sino *deux*.

Lo que esto nos sugiere es que el lenguaje bien hecho de la ciencia nunca puede lavarse completamente del lenguaje mal hecho de la vida social. Aparte de los nombres en lengua natural de los números, y de los signos, y de las operaciones, etcétera, en este texto imaginario que yo estaría traduciendo habría también, sin duda, frases de enlace entre

los conglomerados de ecuaciones, aunque sólo fueran cosas como “entonces”, “o sea”, “de donde”... Esas frases serían las que yo propiamente traduciría. Por simples y escuetas que fueran, me confrontarían ya con todas las dificultades de la traducción. De una manera o de otra, estarían introduciendo la contextualidad en el lenguaje descontextualizado de la ciencia.

Vamos a darle todavía más vueltas a mi traducción imaginaria. Esas ecuaciones que yo transcribiría sin nombrarlas, el matemático que lea mi traducción probablemente las nombraría por lo menos a veces. Por ejemplo, supongo que es posible que lea el signo $=$ o el signo \geq sin pensar verbalmente “igual a” o “igual o mayor que”; pero también es posible que de vez en cuando piense efectivamente esas palabras, las cuales no serían las mismas si él fuera francés o chino. Entonces, esos pasajes que yo no traduzco, él en cambio los traduce. ¿Quiere decir esto que el lenguaje de la ciencia es siempre traducible al lenguaje ordinario? Puede dudarse. Jacques Monod dice en cierto lugar de *El azar y la necesidad* que la reflexión del científico, “a nivel profundo, no es verbal”. Pero añade que “en el uso corriente el proceso [...] está enteramente enmascarado por la palabra que le sigue casi inmediatamente y parece confundirse con el mismo pensamiento” (pp. 161-162). Para algunos lingüistas no es que parezca que el pensamiento se confunde con las palabras, sino que efectivamente no es otra cosa que lenguaje. Pero ¿qué hay que entender en la idea de que las palabras *enmascaran* un pensamiento? Sin duda que, una vez que hemos traducido en palabras ese pensamiento, esa traducción absorbe o usurpa el sentido de ese pensamiento y no nos permite verlo ya, sino capturado en esas palabras. Las palabras *traducen* un pensamiento que ya sólo nos es accesible en esa traducción, un pensamiento mudo que aparece entonces como el original perdido de una traducción. Lo que quiere decir Monod es que tiene que haber habido un momento en que ese original no estaba perdido, mientras que los lingüistas mencionados piensan que nunca hubo tal original. También Freud dice que el sueño no es verbal, pero que la verbalización inmediata con que lo traduce la conciencia al despertar



enmascara esa otra especie de pensamiento “profundo”, o sea inconsciente. Es bien curioso que Freud elabore toda una teoría y su correspondiente técnica para intentar desenmascarar lo así enmascarado, cosa que no hacen ni Monod ni que sepamos ningún otro científico.

¿Puede mediar un traductor en esta controversia? Si el traductor, como dije antes, no traduce las palabras ni siquiera consideradas como significados, sino lo que he llamado el sentido, esto significa que las palabras del original son ya para él la traducción de otra cosa, de lo que Monod llamaría “reflexión profunda”. El sentido escapa a las palabras, rebasa todo diccionario y toda gramática, depende del contexto que está fuera de las palabras, y sin embargo para el traductor sólo se da en las palabras, de tal modo que él podría decir también que esas palabras enmascaran el sentido. Digamos que el sentido *se produce* en el contexto pero sólo *se da* en las palabras. Por eso hay que desconfiar también de los traductores que dicen traducir el sentido y no el texto literal, ya que lo que quieren decir con eso es que pueden ser infieles a la forma del texto; es decir, que no traducen en realidad el texto sino un sentido que es directamente accesible tras el enmascaramiento de las palabras. Esto es justamente lo que algunos lingüistas consideran imposible. Lo que hay que decir en todo caso es que si el traductor mira el texto original como una traducción de un sentido que envuelve y rebasa a ese texto, ese sentido sin embargo sólo se da para él en esas palabras, las del original, y no es lícito buscarlas fuera de ellas. Es lo que yo suelo resumir diciendo que la traducción literal no es ningún problema porque simplemente no existe, pero lo que una traducción debe buscar intransigentemente es la fidelidad. El traductor, pues, en la medida en que no traduce mediante equivalencias preestablecidas, sino buscando lo que las palabras quieren decir en su contexto, está tomando el texto del original como una traducción. Pero ¿no es eso lo que hacemos todos todo el tiempo?

En realidad sólo el lingüista puede tomar las palabras como realidades autónomas e idénticas a sí mismas. Para los hablantes de una lengua las palabras son siempre traducción de algo que las rebasa. En el uso real de la lengua, todo el tiempo estamos diciendo cosas como “¿qué quieres decir con eso?”, o “¿en qué sentido?”, o “querrás decir que...”; o bien, “mejor dicho”, o “dicho de otra manera”. Con ello, mostramos que los mensajes que recibimos son para nosotros traducciones más o menos adecuadas de algo que no es, por lo tanto, esas mismas

palabras. Podemos decir entonces que para el hablante real no hay contradicción entre Monod y el lingüista inmanentista: el sentido no coincide sin margen con las palabras y su significado, sino que los rebasa y podría describirse como su antecedente, si no en el tiempo real, si lógicamente; a la vez, ese sentido sólo se da en las palabras efectivas, unas palabras u otras, y no podría subsistir incambiado si cambiamos las palabras. Eso es lo que tiene que entender el traductor que traduce entendiendo, como el hombre cualquiera que entiende lo que le dicen.

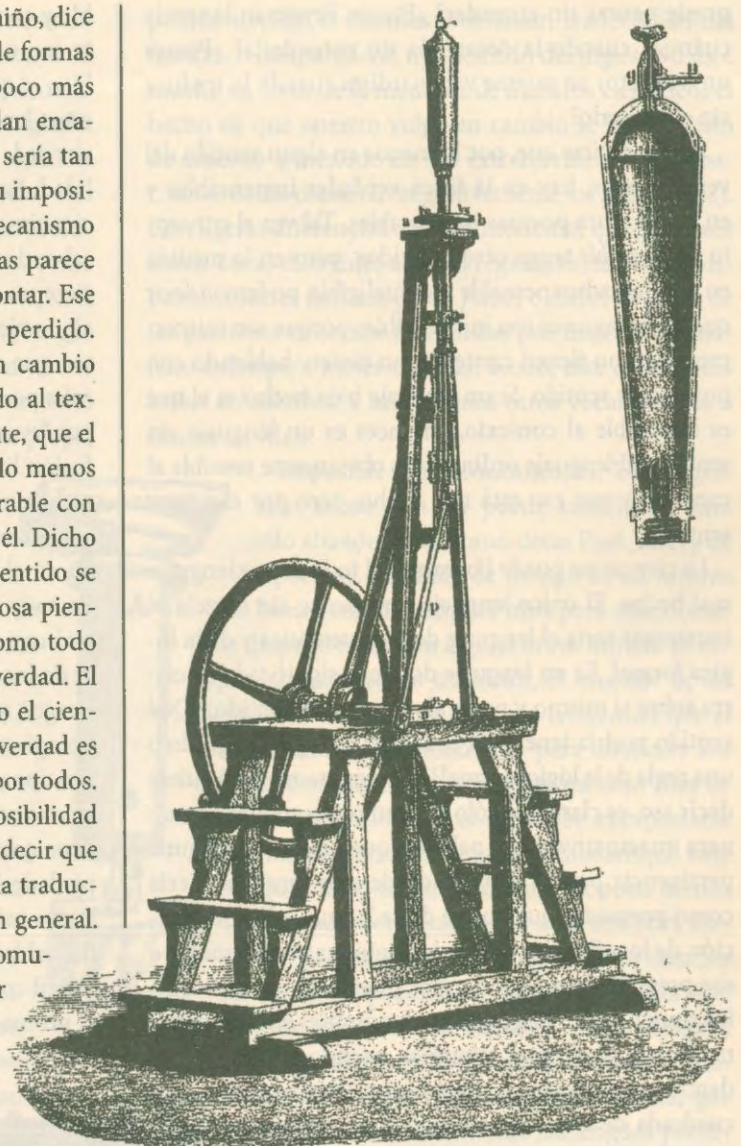
¿Y el que escucha (o lee) sin entender? Si de veras ha escuchado, es claro que sabe perfectamente lo que le han dicho, aunque no lo haya entendido. Se ve que no es lo mismo entender que saber, ni tampoco que conocer. El traductor que efectivamente traduce sabe todo el tiempo qué traduce, aunque no siempre lo entienda. Aclaremos por si acaso, aunque es un poco ocioso, que a menudo se mueve en un terreno híbrido: traduce cosas que puede entender, pero no le hace falta entenderlas. En un contexto neutro y consuetudinario, yo puedo entender el sentido de la palabra *bonjour!*, pero también podría traducirla sin entenderla, recurriendo al diccionario. Así es como funciona la lista de equivalencias preestablecidas entre lenguas diferentes para el traductor o el hablante bilingüe. En la práctica, entendemos también a menudo mecánicamente, dando por hecho que muchas expresiones tienen el mismo sentido en contexto que fuera de contexto. En rigor-rigor nunca es así; siempre podría encontrarse un contexto inesperado donde la expresión más inocua adquiere de pronto un nuevo sentido. Detectar los sentidos no automáticos es lo que caracteriza la agudeza mental, tanto de un traductor como de un oyente o lector.

Hemos olvidado un poco al científico, ¿verdad? No del todo, porque ya hemos dicho que un científico es un poco un traductor, y en dos sentidos por lo menos. Por un lado, en la medida en que enmascara, según Monod, su experiencia profunda con palabras; por otro lado, en la medida en que es difícil que no intente echar puentes entre esas palabras, obviamente especializadas, y otros lenguajes igualmente especializados o más generales.

Hablar del primero de estos aspectos es sumamente espinoso: es moverse a cada rato al borde de lo ininteligible. Cuando Monod habla de una “reflexión profunda” que las palabras enmascaran no hay más remedio que concebir eso como una reflexión intuitiva, quizá visual, pero en todo caso sin palabras. También Piaget,

a propósito del aprendizaje del lenguaje en el niño, dice que hay intuiciones sin palabras, por ejemplo de formas espaciales o de conceptos geométricos. Un poco más difícil de aceptar es que esas intuiciones puedan encañarse en una reflexión, pero me parece que sería tan imposible probar su existencia como probar su imposibilidad. En todo caso, el método o sistema o mecanismo que traduce esas intuiciones mudas en palabras parece imposible de describir, y por lo tanto de remontar. Ese original, ya lo dijimos, está irremisiblemente perdido. La traducción en el sentido habitual pasa en cambio del texto original a su sentido y de ese sentido al texto de llegada. Lo cual presupone, evidentemente, que el sentido es accesible a cualquier lengua, o por lo menos que el sentido de cualquier lengua es comparable con el de cualquier otra lengua y transformable en él. Dicho de otra forma: hay una verdad con la que el sentido se relaciona de una manera o de otra. No otra cosa piensa el científico, evidentemente. Su lenguaje, como todo lenguaje, es traducción, y lo que traduce es la verdad. El filósofo, por supuesto, puede pensar que tanto el científico como el traductor se equivocan, que la verdad es ilusoria, y que no hay un sentido compartible por todos. Yo, no hace falta decirlo, no tengo la menor posibilidad de dirimir entre esas dos posturas, sólo puedo decir que eso es lo que postulan tanto la ciencia como la traducción. Y no sólo ellas, sino la comunicación en general. No faltarán filósofos para decirnos que toda comunicación es irreal, ni lingüistas para sostener que los sistemas son siempre incompatibles entre sí, siendo así que esa manera de describir las lenguas obliga a pensar que la lengua de cada individuo es en rigor-rigor un sistema diferente y único.

Dije que íbamos a bordear lo ininteligible. "Es cierto [...] —dice también Monod— que no llegamos a formarnos una imagen mental satisfactoria de algunas abstracciones de la física moderna" (p. 147). Dicho de otra manera, hay en la física abstracciones impensables. Si son inaccesibles al pensamiento deben ser también inaccesibles a las palabras: ¿qué traducirían las palabras cuando no hay un pensamiento que traducir? Cómo esas abstracciones se relacionan con la verdad sin pasar por el pensamiento ni por el lenguaje es cosa que aborda y tal vez resuelve la epistemología moderna, pero que obviamente no podríamos discutir aquí. Un lego podría interpretar esto diciendo que no sólo el pensamiento piensa. Pero lo que aquí nos interesa es qué de



esas abstracciones que no podemos pensar, podemos sin embargo hablar. Gracias, sin duda, a que disponemos de un lenguaje mal hecho. El lenguaje bien hecho de la ciencia es el lenguaje de la verdad, y es un lenguaje biunívoco; el lenguaje de la vida social es el lenguaje del sentido y sus fronteras son siempre flotantes. Es conocida la impertinencia de Richard Feynman, uno de los físicos que más desarrollaron la física cuántica, cuando dijo que a él le constaba que quien diga que entiende la teoría cuántica miente. O sea: se puede no sólo aplicar, sino también desarrollar una teoría sin entenderla. Se pueden enunciar reglas ininteligibles pero que se aplican con precisión a signos también ininteligibles. Enunciar no es entender, ya lo hemos dicho, pero ¿se

puede pensar sin entender? ¿Piensa Feynman la teoría cuántica cuando la desarrolla sin entenderla? ¿Piensa un traductor un poema vanguardista cuando lo traduce sin entenderlo?

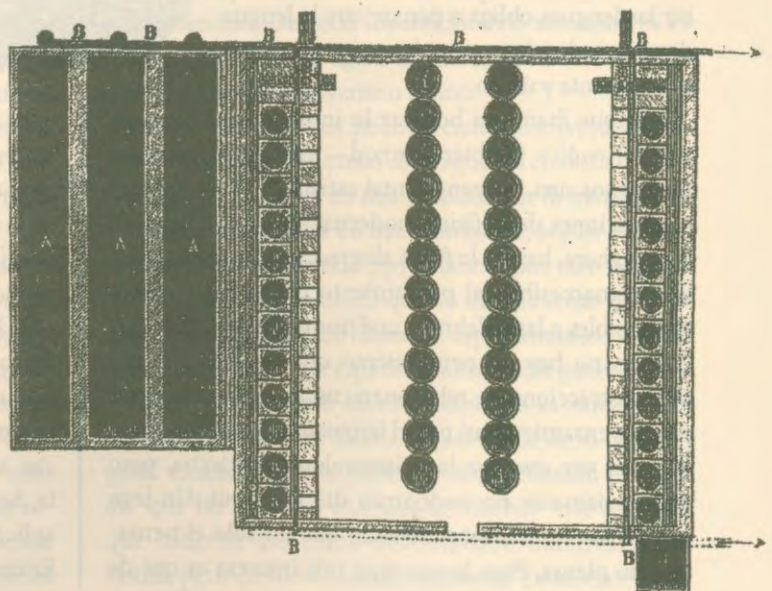
Puede decirse que, por lo menos en algún sentido del verbo *pensar*, hay en la física verdades impensables y en la literatura poemas impensables. Tal vez el concepto de *pensable* tenga otros sentidos, pero en la medida en que llamamos pensable a lo inteligible, podemos decir que esos lenguajes son ininteligibles porque son ininterpretables: no tienen contexto, no tienen, hablando con propiedad, sentido. Si un lenguaje bien hecho es el que es insensible al contexto, entonces es un lenguaje sin sentido. El lenguaje ordinario es obviamente sensible al contexto y por eso está mal hecho, pero por eso tiene sentido.

La ciencia no puede liberarse del todo de ese lenguaje mal hecho. El único lenguaje bien hecho sin mezcla ni impurezas sería el lenguaje de la matemática y de la lógica formal. Es un lenguaje donde el significado se cierra sobre sí mismo y no se abre a ningún sentido. ¿Qué sentido podría tener una ecuación de segundo grado o una regla de la lógica formal? Si preguntamos qué quiere decir eso, es claro que sólo podremos responder de manera imaginativa y con palabras que no tienen ninguna pertinencia para el significado de esas fórmulas. Sería como preguntar qué quiere decir la luna o la composición de los silicatos. Se puede contestar poéticamente a esa pregunta, pero no científicamente. Y, sin embargo, los signos de ese lenguaje tienen nombres en las lenguas naturales. Hasta aquí seguimos estando tal vez dentro de un lenguaje bien hecho. Decir "raíz cuadrada de x " o "*square root of x* " son maneras de hablar sin ambigüedad. Es verdad que no es necesario pronunciar esas frases: el científico podría leer sus fórmulas sin darles nombre. Con o sin nombre, el traductor no tiene aquí nada que temer. Puede traducir apegado estrictamente al diccionario. La única falla posible sería un error de ese diccionario. Pero es claro que en los textos científicos está presente también, casi siempre masivamente, la lengua ordinaria.

Y aquí yo diría que el traductor, por lo menos o sobre todo en español, es a veces más víctima que culpable. En la mayoría de los textos científicos, un lenguaje que se esfuerza por estar bien hecho, o sea por ser independiente del contexto y significar sin ambigüedad de manera verifica-

ble y controlable, se mezcla más o menos confusamente con un lenguaje llano y usual, que hay que entender bien y que puede entenderse mal. Ante el primero de estos lenguajes, el traductor se somete a las convenciones de la ciencia en cuestión, que no son su responsabilidad. En español, las convenciones usuales en diversas ciencias son a menudo poco convincentes, y es difícil saber de quién es la responsabilidad, puesto que son casi siempre malas traducciones de otras lenguas. Ya dimos algún ejemplo al principio de estas páginas. Un traductor que traduce como allí mostramos, o que traduce *roles* por "roles", o *relevant* por "relevante", o *eventually* por "eventualmente", tal vez no es consciente de su confusión lingüística, pero aunque lo sea, muchas veces se está ateniendo a la convención usual en esa disciplina.

Las convenciones son convenciones: su validez se funda en el consenso. Pero el lenguaje de las ciencias es, en muy pequeña medida, enteramente convencional; está casi siempre imbuido más o menos profundamente de las ambigüedades de la lengua ordinaria y de sus riesgos, y por ende de sus responsabilidades. La terminología científica propiamente dicha y el aura de convenciones lingüísticas más o menos fijas que la rodea se elaboran a partir de la lengua ordinaria. Los científicos que las proponen suelen tener en cuenta las propiedades de esas expresiones en su lengua natural, y de todos modos esas propiedades están en su conciencia de hablantes. Pero en una lengua tan profundamente estéril como la nuestra para crear lenguajes científicos, la promoción de expresiones naturales a la dignidad de



nomenclaturas científicas se hace vicariamente, imitando a otras lenguas, sin una raíz viva, a trompicones. El lenguaje “científico” español contribuye así visiblemente a deteriorar el idioma, a la vez que a desprestigiarlo. Menos visible es el daño que con ello la ciencia española se hace a sí misma. Porque cuanto más maltrecho está un idioma, más sumiso se vuelve a las lenguas prestigiosas, en especial en sus usos más prestigiosos, como el uso científico. El prestigio de la ciencia francesa en el siglo XVIII estuvo ligado sin duda a la salud de la lengua francesa, que todavía vibraba en el siglo XIX, como se ve en el ejemplo de Testut que mencioné antes. Me temo que nuestros científicos no desdeñarían tanto su propia lengua si pensarán un poco en eso.


Puedo dar aquí un ejemplo personal y pintoresco. En cierta ocasión tuve que traducir un largo poema de Gérard de Nerval sobre las mariposas, que enlistaba un gran número de nombres de lepidópteros, la mayoría de los cuales no aparecen en los diccionarios ni bilingües ni monolingües. Era obvio que el poeta había utilizado en francés algún diccionario especializado o algún tratado de divulgación. Aunque yo utilizara un tratado español para hacer una lista, ¿cómo encontrar las equivalencias? Tuve que consultar con un entomólogo, el cual me dijo que mi empeño era inútil: los franceses habían creado en el siglo XVIII una taxonomía entomológica partiendo de los nombres vulgares en su lengua, seleccionándolos, ordenándolos y definiéndolos.

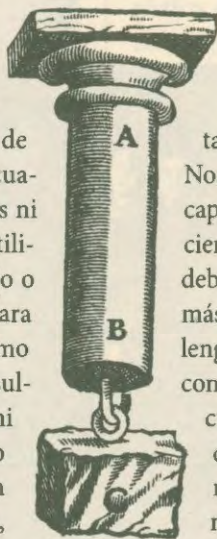
Los entomólogos españoles de la época ignoraron por supuesto los nombres vulgares españoles; tradujeron de mala manera los franceses, cuando no los usaron directamente en francés.

En pleno siglo XXI esta situación no ha hecho sino empeorar, como todos sabemos. Nuestras terminologías, cuando no se usan directamente en inglés, son traducciones a menudo torpes y siempre sin vida, que no despiertan ninguna imaginación en sus usuarios como la despiertan en quien oye esos términos dentro del ámbito de su propia lengua. Cuando un anglohablante escucha el verbo *to scan*, resuenan en su imaginación muchos sentidos. Para un español “escanear” es un término literal y muerto, sin resonancia alguna. Difícilmente puede sugerirle alguna innovación o alguna nueva conexión cuando lo usa. Se han hecho tentativas para unificar al menos esas macilentas terminologías, prácticamente sin ningún éxito. Ni siquiera hemos

podido decidir si diremos *ordenador*, traduciendo del francés, o *computadora*, traduciendo del inglés. No dice mucho en favor de la madurez de nuestros científicos el hecho de que nuestro vulgo en cambio se haya puesto de acuerdo a menudo en sus extranjerismos (o barbarismos, como dicen tan sugestivamente los gramáticos). Con ligeras diferencias de pronunciación, que podemos tomar como diferentes acentos regionales, todos los hispanohablantes han adoptado *futbol* o *fútbol* (a pesar de los patéticos esfuerzos franquistas por imponer el adfesio *balompié*), *chofer* o *chófer*, *boxeo*, *elite* o *élite*, *basketbol* o *básketbol*, y muchísimos otros vocablos más o menos serviles.

Imposible sacar conclusiones. Una digresión como ésta no puede concluirse, sino sólo abandonarse, como decía Paul Valéry de los poemas. El límite de tiempo es un motivo tan bueno como cualquier otro para abandonar. Nos despediremos con alguna breve mirada de recapitulación. Para un traductor, el lenguaje de las ciencias es en parte un lenguaje convenido que él debe estudiar cuidadosamente para obedecer sin más sus convenciones, y en parte un caso más de lenguaje ordinario ante el que debe comportarse con la misma seriedad y responsabilidad que ante cualquier otro texto, quizá con un poco menos de libertad interpretativa que ante una obra literaria más o menos original, porque las ciencias no suelen proponerse ser originales en eso, sino en muy otra cosa. En cuanto a nuestra lengua, tanto el traductor como el científico mismo tienden a aceptar una lengua anémica y casi inválida, que

no sólo se humilla servilmente ante las lenguas prestigiosas, sino que olvida a menudo la fidelidad a sus propios recursos y particularidades. Mi opinión personal es que una lengua enfermiza como lo es la nuestra en el terreno del conocimiento y la tecnología; o en otros igualmente prestigiosos como el de la política, las modas, la información... no ayuda debidamente a pensar y a expresarse a sus usuarios, pero en especial a los técnicos y científicos. Yo diría casi en serio que es a los científicos y a los hombres de poder a quienes es urgente enseñarles el español más puro y rico que encontremos, porque mientras vayamos a la zaga en eso, nunca dejaremos de ser una comunidad de segunda fila. Y si el español de nuestros científicos y nuestros políticos fuera tan puro como el francés de Testut, no cabe duda de que los traductores se apresurarían a subir el nivel del suyo. 



Raimundo Lida, filólogo y humanista peregrino*

En el siglo XIX, sobre todo por la influencia del romanticismo alemán, la filología, junto con la filosofía y la historia, adquirió el prestigio de una ciencia que permitiría conocer los orígenes y las características culturales de un pueblo o comunidad lingüística y aprehender su espíritu (*Volkgeist*). Esta disciplina abarcaba una gama tan amplia de temas: desde el estudio de las lenguas y culturas antiguas y modernas, y la historia de sus orígenes, hasta la investigación sobre el folclore y las tradiciones populares. El filólogo alemán Georg Curtius (1820-1885) llegó a afirmar que la filología era a las ciencias humanas lo que la matemática a las ciencias exactas.

Esta visión humanística totalizadora se fue circunscribiendo hacia finales del siglo XIX, pues se reconoció que la filología, como disciplina científica, se debía sujetar a observaciones y exámenes sistemáticos, y a partir de éstos deducir principios y leyes generales. Desde entonces, diversos enfoques teóricos y epistemológicos disgregaron la filología en disciplinas cada vez más es-



Los hermanos Raimundo, María Rosa (sentados) y Emilio Lida (Buenos Aires, ca. 1913)

pecializadas. España no quedó al margen de este proceso; en ese país, el desarrollo de la investigación filológica moderna se debió, sobre todo, a la labor de Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), quien sirvió de bisagra entre la tradición romántica alemana, con su búsqueda del *Volkgeist* en el estudio de los orígenes de la literatura castellana, y las corrientes teóricas y científicas contemporáneas. Menéndez Pidal —junto con sus colegas y discípulos de la sección de filología del Centro de Estudios Históricos (CEH) de Madrid, fundado y dirigido por él en 1910— convirtió al centro y a su *Revista de filología española* (RFE), creada en 1914, en dos grandes impulsores de los estudios filológicos en el mundo hispánico hasta la década de 1930.¹

Argentina recibió esta influencia después de la Primera Guerra Mundial. Así, Ricardo Rojas, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires entre 1921 y 1924, pidió apoyo al CEH de Madrid para fundar un instituto de filología en esa facultad. Esa tarea se le encomendó en 1923 a uno de los colaboradores más cercanos de Menéndez Pidal, Américo Castro (1885-1972), quien se trasladó a Argentina para fundar el instituto. Pero, según veremos, el gran auge del insti-

* Una versión abreviada se leyó en noviembre de 2008, en la Universidad de Harvard. Con el impulso de los profesores Mary Gaylord y Luis Fernández Cifuentes, el Departamento de Lenguas y Literaturas Romances celebró un Centennial Colloquium titulado: "Raimundo Lida and the Routes of Hispanism". Los autores son hijos de Raimundo Lida y agradecen a Miranda Lida, su nieta, varias aportaciones y sugerencias.

¹ Sobre la filología europea y su influencia en el CEH, véase José María López Sánchez, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Marcial Pons-CSIC, Madrid, 2006, especialmente los capítulos VII y VIII.



Raimundo Lida, ca. 1920

tuto porteño se debió a la dedicación de un joven discípulo de Menéndez Pidal, Amado Alonso (1896-1952), que en 1927 llegó a Buenos Aires para ocupar la dirección e impartir los cursos de filología en la Facultad de Filosofía y Letras.

Alonso era heredero de la tradición humanística de la disciplina, pero, por su formación previa en la Universidad de Hamburgo, se había acercado a las corrientes más contemporáneas de la lingüística, como el estructuralismo y las teorías del lenguaje, la dialectología y la estilística moderna, entre otras. Si bien esto lo diferenciaba de la escuela madrileña, Alonso resultaba novedoso y atractivo para sus colegas y discípulos argentinos. En la cátedra, su energía, rigor, dedicación y personalidad carismática, le permitieron rodearse de un grupo de jóvenes universitarios deseosos de proseguir su formación bajo su magisterio.

Entre ellos se destacó Raimundo Lida (1908-1979), cuya cultura humanística, formación filosófica e inclinación por el estudio de las literaturas hispánicas, la

teoría lingüística y la estética del lenguaje, pronto lo convirtieron en el más cercano colaborador de Alonso. Pero en esos años, en vez de limitar su curiosidad insaciable al ámbito exclusivamente académico, Lida sostuvo, al mismo tiempo, una estrecha vinculación con la vida cultural y literaria argentina, sus revistas e instituciones. Más tarde, su recorrido intelectual y personal por México y Estados Unidos lo prestigió en todos los ámbitos de las letras hispánicas.

Este artículo reseña la biografía intelectual de un actor privilegiado, no sólo inserto en la cultura argentina, sino también en la española e hispanoamericana, la anglosajona y la europea. Para situar el itinerario humanístico de Raimundo Lida, examinaremos también el complejo contexto de su época, desde la primera década del siglo xx hasta la segunda posguerra mundial. Sólo abordaremos brevemente sus años en la Universidad de Harvard, desde 1953 hasta su muerte en 1979, para mostrar su vínculo continuo con la cultura de la cual siempre se sintió parte.

De Europa central al Río de la Plata: despertar a la cultura del Nuevo Mundo

Raimundo Lida nació el 15 de noviembre de 1908 en una familia judía, en la ciudad austro-húngara de Lemberg,² entonces capital de la provincia de Galitzia, donde uno de cada doce habitantes era judío. Su madre, Sara Ana Lehrer, era originaria de esa ciudad, mientras que su padre, Mauricio, había nacido a pocos kilómetros de allí, en Sandomirz, Rusia. No nos detendremos en la vida de la familia Lida en el viejo mundo, de la cual sabemos muy poco, aunque bien podemos imaginar, por la espléndida novela de Joseph Roth, *La marcha Radetzky*, que el equilibrio multiétnico que el autor contempla desde la burocracia del viejo imperio, en la propia Lemberg, no estaba exento de tensiones y conflictos, de pobreza y etnofobias, que a principios del siglo xx motivaban una numerosa emigración judía a América.

Los Lida fueron parte de ese éxodo. A los once meses de vida, en octubre de 1909, Raimundo llegó a Buenos Aires en brazos de su madre y en compañía de su hermano Emilio, cinco años mayor. Allí se encontraba ya, trabajando como encuadernador, su padre, quien se

² Actualmente Lviv, en Ucrania; entre guerras, fue la ciudad polaca Lwów.

había embarcado sin imaginar que el buque de la Hamburg-Amerika Linie lo llevaría a Buenos Aires y no a Estados Unidos, el destino anhelado.

La ciudad y el país a los que llegó la familia estaban en vísperas de celebrar su centenario de vida independiente. Ya entonces Buenos Aires era una pujante metrópolis de casi millón y medio de habitantes, la mitad de éstos, aproximadamente, eran inmigrantes. Desde hacía unos treinta años Argentina se había convertido en un polo de atracción migratoria, debido al auge económico que la hacía figurar entre los países más ricos, con un ingreso *per cápita* comparable a los de Francia y Alemania. En este contexto de prosperidad bien puede imaginarse que, para quienes llegaban de las regiones pobres de Europa, la capital del Plata les ofrecía el sueño de una “gran Argentina”, en cierta medida homólogo del *American dream* estadounidense.

A pesar de las estrecheces, el padre pudo salir adelante y mantener a su esposa y tres hijos (María Rosa, la menor, había nacido en noviembre de 1910). Si bien al llegar la familia hablaba en yiddish —aunque los padres tal vez supieran algo de alemán, polaco y ruso—, en un currículum manuscrito, posiblemente de 1961, el propio Raimundo, ya ciudadano norteamericano,³ todavía se identificaba como argentino, y agregaba: “tenía muy pocos meses de edad cuando llegué a Buenos Aires. La primera lengua que hablé fue la española”. A poco de llegar, su hermano Emilio ingresó en la escuela primaria y fue él quien primero aprendió español y lo introdujo al resto de la familia. Desde entonces, los tres hermanos hicieron del español su lengua nativa.

Bien sabemos que la escuela pública argentina, laica y gratuita, fue una poderosa fuerza de integración y asimilación cultural para los hijos de los inmigrantes, y una importante herramienta de ascenso social y económico. Los hermanos Lida pronto se destacaron por su inteligencia despierta y su pasión por el estudio. Raimundo recordaba más de una vez lo gozoso que era ir a la escuela, y cómo ésta, que tenía una pequeña biblioteca, le había dado la extraordinaria posibilidad de leer cuanto podía, algo que su hermano mayor había alentado en los menores. Dados los escasos recursos de la familia, desde entonces, como hemos de ver, las bibliotecas desempeñarían un papel central en la vida de Raimundo.

³ Raimundo Lida, se naturalizó estadounidense el 4 de diciembre de 1958.

Al concluir los estudios primarios, Raimundo, al igual que antes Emilio, cursó el bachillerato en el Colegio Nacional Manuel Belgrano, fundado en 1913. De esos estudios secundarios en el Manuel Belgrano, Lida guardó especial afecto por Roberto Giusti, estudioso de la literatura y maestro que ejerció desde entonces gran influencia sobre él. Por otra parte, en su temprana adolescencia había aprendido a tocar el piano con cierta destreza; su afición por la música, y también por el ajedrez, lo acompañarían el resto de su vida.

En 1925 Raimundo concluyó el bachillerato. Pese a la oposición del padre, que deseaba para su hijo una profesión rentable en la que pudiera ganarse la vida sin estrecheces, optó por ingresar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; para ello contó con el apoyo de la madre y del hermano mayor, entonces estudiante de medicina.⁴ Se diplomó como profesor en letras en 1931, y se naturalizó como ciudadano argentino el 11 de noviembre de 1930, cuatro días antes de alcanzar la mayoría legal, a los 22 años.⁵

La formación intelectual: el acercamiento al pensamiento europeo

Durante sus años universitarios, Lida se abrió a diversas disciplinas y recibió influencias varias. Si bien en el bachillerato había adquirido conocimientos de latín clásico, en la facultad dos destacados clasicistas —el alemán Kurt Schuler y el italiano Francisco [Francesco] Cappello, también filósofo— cimentaron su interés por la lengua, la literatura y el pensamiento grecolatinos.⁶ También entonces comenzó sus estudios sistemáticos de filosofía. Conducido por la sabia mano de maestros como Francisco Romero, considerado entonces como el filósofo argentino más importante, se sumergió en la ética y la tradición racionalista de Spinoza y en la epistemología crítica de Kant. Por inspiración de

⁴ Emilio Lida, hematólogo, se formó bajo la dirección del fisiólogo Bernardo Houssay, premio Nobel en 1947.

⁵ Hasta entonces Lida tenía como segundo nombre Max, cuya inicial utilizaba en su firma, pero al naturalizarse lo suprimió para siempre.

⁶ Mientras Raimundo preparaba sus lecciones de latín y griego, su hermana María Rosa, dos años menor, aprendía a la par, y se fue convirtiendo en una de las mayores clasicistas del mundo hispánico; poco después también seguiría los pasos universitarios de su hermano.

Romero se acercó a la Sociedad Kantiana de Buenos Aires, fundada en 1929 por Alejandro Korn, cuyas enseñanzas seguiría muy de cerca durante algunos años y sobre quien dejaría un testimonio de honda admiración.⁷ A esto fue sumando, por su cuenta, la lectura de pensadores europeos de los siglos XIX y XX, como los románticos alemanes: Hegel, Herder, Fichte, Schlegel; los historicistas e idealistas italianos: Croce y Gentile, y la fenomenología de Husserl; más tarde exploraría la lógica matemática de Gottlob Frege y Bertrand Russell, entre otros. A medida que profundizaba su formación filosófica, fue desarrollando una postura a la vez antimetafísica, pero también antipositivista, y se orientó decididamente hacia la lógica, la fenomenología y la estética. También en la universidad se interesó

por los cursos que dictaba el neuropsicólogo alemán Cristofredo (Christofred) Jakob, los cuales lo introdujeron en las relaciones de las funciones cerebrales con el habla; asimismo, estimularon su interés por el psicologismo de William James y el intuicionismo de Henri Bergson, sobre cuya filosofía del lenguaje escribiría estudios pioneros.

Ya avanzada su carrera universitaria, Lida entró en contacto con las clases que dictaba Amado Alonso en la facultad, mientras impulsaba el Instituto de Filología. Gracias a Alonso se desarrollaron en Argentina los vínculos con la filología románica y con las teorías lingüísticas europeas. En palabras de Ana María Barrenechea, una de sus más eminentes discípulas, todo ello le permitió a Alonso fundar en Buenos Aires “una auténtica escuela lingüística” que iba más allá de lo que había sido la escuela de Menéndez Pidal.⁸ El Instituto de Buenos Aires cumplió una función pionera al fomentar, además, las investigaciones sobre temas latinoamericá-



En el Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1925: Ramón Menéndez Pidal, sentado al centro; a su izquierda, sentado, Américo Castro; de pie, a la izquierda, Amado Alonso; en el centro Homero Serís. Posiblemente los dos otros sean Tomás Navarro Tomás y Antonio García de Solalinde

nos, hasta entonces prácticamente ausentes de los estudios filológicos en lengua española.⁹

El contacto con Amado Alonso fue fundamental en la formación del joven Lida, pues bajo su influencia se iniciaría en la estilística y la crítica literaria, que desde entonces marcarían su derrotero. Al concluir los estudios en la facultad, por invitación de su maestro, Raimundo pasó a ser, primero, su ayudante de cátedra (1931-1932) y luego, jefe de trabajos prácticos (1933-1947) en el curso de lingüística romance. Casi al mismo tiempo, en 1931 se incorporaba al Instituto de Filología para iniciar su formación como investigador en lengua y literatura, trabajando hombro con hombro con don

⁷ Raimundo Lida, “Recuerdo de Korn”, *Letras hispánicas. Estudios, esquemas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958, pp. 260-265. [2ª ed., Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, México, 1981.]

⁸ Ana María Barrenechea y Élica Lois, “El exilio y la investigación lingüística en la Argentina”, *Cuadernos hispanoamericanos*, número monográfico sobre el exilio español en Hispanoamérica, noviembre-diciembre, núms. 473-474, 1989, pp. 81-91.

⁹ Una excepción fue Federico de Onís, quien en 1914 se trasladó del CEH a la Universidad de Columbia, Nueva York, donde mantuvo una intensa actividad —con especial proyección hacia Puerto Rico—, para promover el *hispanoamericanismo* como barrera cultural frente al *panamericanismo* impulsado por Estados Unidos. En 1934, Onís fundó la *Revista hispánica moderna*, que incluía también temas hispanoamericanos. C. Naranjo, M. D. Luque y M. A. Puig Samper, *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid, CSIC, 2002. El hispanoamericanismo, como defensa del legado cultural y espiritual peninsular en América, se formuló en España después del “desastre” colonial de 1898. Aimer Granados, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, El Colegio de México, México, 2005, Colección Ambas Orillas.

Amado —como lo llamaron siempre sus discípulos—, pero también muy cerca de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), el gran erudito dominicano residente en Argentina, profesor en la Universidad Nacional de La Plata y promotor de una visión continental que considerara en pie de igualdad las manifestaciones culturales de todos los países de lengua española. A partir de entonces, Lida combinó sistemáticamente su interés por la filosofía con la filología, desarrollando una novedosa línea de investigación propia sobre filosofía y estética del lenguaje; al mismo tiempo, se iba adentrando en el estudio minucioso de la lingüística, la teoría y la crítica literarias.

A esto contribuyó su activa participación en la Colección de estudios estilísticos en la que, junto con Alonso, trabajó traduciendo, anotando y agregando ejemplos paralelos del español, y en muchos casos replanteando y debatiendo los

problemas centrales de los textos que se daban a conocer. Alonso y Lida publicaron entonces los dos primeros tomos: la *Introducción a la estilística romance*, que —según Lida años más tarde— era una especie de crítica al estudio de Wilhelm Meyer-Lübke sobre la lingüística romance, en particular al énfasis que él había puesto en la gramática histórica para explicar el desarrollo del lenguaje en las literaturas románicas; y *El impresionismo en el lenguaje*, que incluye, entre otros, el ensayo prácticamente inédito de Charles Bally, "Impresionismo y gramática". En este segundo tomo, Alonso y Lida firmaron conjuntamente un novedoso estudio sobre "El concepto lingüístico de impresionismo" que, en palabras del propio Lida veinticinco años después, "logró, creo, deshacer las mil y una ambigüedades con que se venía utilizando ese rótulo, sobre todo entre los alemanes".¹⁰

Otro de los objetivos que Alonso se planteó desde el inicio en el Instituto, debido a la influencia de Henri-



Raimundo Lida, con sus hijos Fernando y Clara Eugenia (Cruz Chica, Córdoba, Argentina, 1944)

quez Ureña, fue estudiar el español de América; esto lo distinguió del CEH madrileño, centrado en investigar las lenguas y literaturas peninsulares, y le dio una decidida proyección continental. Fruto de ello fue la publicación de la *Biblioteca de dialectología hispanoamericana*, dirigida por Alonso y Henríquez Ureña, con la colaboración de los más jóvenes, Ángel Rosenblat (1902-1984), Marcos Augusto Morínigo (1904-1987) y el propio Lida. Esta *Biblioteca* exploraba los *corpus* existentes, a la vez que sumaba estudios críticos, técnicos o descriptivos para conocer los fenómenos dialectales hispanoamericanos. Años después, hacia 1961, ya en Harvard, Raimundo explicaba en el borrador de una carta que fue en aquellos años cuando por primera vez incursionó en la lingüística aplicada, la fonética y otras disciplinas afines, y agregaba, entre agradecido e irónico, "no me arrepiento de esas

disciplinas científicas, aunque pienso que, para disciplinas, ya he tenido bastante".

A este cúmulo de actividades académicas —y hasta el inicio de su exilio en México, en 1947— Lida fue sumando nuevas y variadas obligaciones. Para concluir con las vinculadas al Instituto de Filología, mencionemos que en 1939 Alonso fundó la *Revista de filología hispánica* (RFH), y escogió a Raimundo como secretario de redacción, tarea a la que se le sumaría su hermana María Rosa, miembro también del instituto y ya reconocida erudita clasicista y medievalista. Recordemos que a causa de la Guerra Civil Española se disolvió el Centro de Estudios Históricos de Madrid y dejó de publicarse la *Revista de filología española*. A partir de ese momento, el Instituto de Buenos Aires, con su RFH, pasó a ser la principal sede de la filología en lengua española, hasta la dispersión de los integrantes del propio instituto —motivada por la política universitaria del gobierno militar del general Farrell. La RFH desapareció poco antes de la asunción de Perón a la presidencia, en junio de 1946.

¹⁰ Dos hojas, a máquina, 1961-1962. Borrador de carta, sin destinatario, en la que reflexiona sobre su trayectoria profesional.

Los trabajos y los días

Si ahora volvemos la mirada a la situación del país en 1930, cuando Lida comenzaba su vida profesional, debemos recordar que la crisis internacional de 1929 repercutió en Argentina, al punto de quebrar el orden constitucional: en septiembre de 1930, un golpe militar derrocó al presidente Hipólito Irigoyen, lo que desató conflictos y crisis; católicos nacionalistas e integristas se enfrentaron con sectores laicos y democráticos; sindicatos independientes y partidos liberales y de izquierda lo hicieran con grupos corporativos de simpatías falangistas, fascistas, incluso abiertamente pronazis. Así, jóvenes y adultos que anhelaban una participación ciudadana se vieron frustrados por el fraude electoral y la exclusión política. Para los intelectuales como Lida, todo ello se agudizó, primero con el estallido de la Guerra Civil Española (julio de 1936) y, a pocos meses del triunfo franquista, con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939. La polarización política en Argentina —como en muchos otros países— se exacerbó y no escaparon a ella la universidad ni el propio Raimundo, quien percibía con aflicción el peligro mundial y el colapso de ese sueño argentino que había impulsado los anhelos de su país de adopción en las décadas anteriores.

Como tantos jóvenes universitarios formados en la efervescencia cultural y la intensa circulación de ideas, así como en una tradición intelectual abierta a las más diversas corrientes del pensamiento, Lida no ocultó su antipatía por quienes se estaban adueñando de la vida pública argentina. Esto lo hizo *persona non grata* a los ojos de las autoridades universitarias, mayormente ultranacionalistas católicos y conservadores, cuando no abiertamente fascistas, que procuraban alejar o reemplazar a los docentes que no les eran afines. Por ello, a pesar de su destacada trayectoria y del prestigio intelectual que ya tenía, durante muchos años no logró obtener más remuneración por su labor en el instituto que la de una simple ayudantía,¹¹ por lo que hubo de recurrir a otras tareas —pluriempleo común entre los intelectuales hispanoamericanos— para mantenerse. De estos años, un historiador y observador privilegiado como Tulio Halperín Donghi explicaría, en una entrevista reciente, la marginalidad a la que fueron empujados ciertos intelectuales: “Marginalidad respecto de la

¹¹ Mucho después fue nombrado secretario del instituto.

Universidad de Buenos Aires pero también marginalidad de los [luego] exiliados, como Raimundo y María Rosa Lida [...] respecto de su objeto de estudio”.¹²

Así, mientras que por las tardes Raimundo cumplía su labor en el Instituto de Filología, por las mañanas —gracias a uno de sus ex profesores, Mariano de Vedia y Mitre, a la sazón Intendente de la capital argentina— consiguió en 1934 un modesto puesto burocrático en la Dirección Municipal de Alumbrado. Aunque este empleo no le ofrecía ningún aliciente intelectual, sí le daba un salario modesto pero estable y le dejaba —como él mismo recordaba divertido— mucho tiempo para leer y escribir a sus anchas mientras se ocupaba de los faroles porteños.

Por otra parte, sumándole horas al día, completaba sus ingresos con trabajos diversos. En 1931, cuando Victoria Ocampo funda la revista *Sur*, Lida envía su “primer artículo ‘serio’” —son sus palabras—, primer eslabón en una larga cadena de estudios sobre Quevedo, pero también de sus reflexiones sobre teoría y crítica literarias. Se trataba de un comentario al estudio de Leo Spitzer sobre el *Buscón* y lo que se había hecho hasta entonces en materia de trabajos estilísticos aplicados a la literatura española. Años después, Lida explicaría sus reservas ya desde entonces ante ciertos planteamientos teóricos en boga: “mi presentación de Spitzer insinuaba serios reparos (esquemas simétricos y facilones, trampas de rótulos), porque en efecto, yo no coincidía del todo con A[mado] A[lonso] en la admiración a Sp[itzer] y [Karl] Vossler, aunque me parecía importante dar a conocer sus incitaciones”. Es más, para él “el análisis del estilo” propio de la teoría estilística no era un fin en sí mismo, sino un instrumento más para una crítica literaria “sin superstición, sin afán de emanciparlo de lo histórico y, sobre todo, con deseo de respetar la *integridad* de la obra literaria”.¹³

A partir de esta colaboración, Lida publicaría en *Sur* artículos sobre temas tan variados como el *Mairena* de Antonio Machado, la estética de Santayana, el pensamiento filosófico de Korn, la estilística de Vossler, entre otros.¹⁴ Además, iniciaría una estrecha relación con Victoria Ocampo, quien no tardó en darle en *Sur* una co-

¹² Tulio Halperín Donghi, “Ya me acostumbré a la idea de que la Argentina es peronista”, *La Nación*, sábado, 13 de septiembre de 2008.

¹³ Cfr. nota 10, *supra*, y más adelante, la nota 28.

¹⁴ Aunque incompleta, véase la bibliografía que publicó Antonio Alatorre en el número de homenaje de la *NRFH*, XXIV, núm. 1, 1975, pp. v-x.

lumna de crítica literario-cultural y humorística, veta de Raimundo que pocos reconocían detrás del gesto serio, pero que luego lo llevaría a profundizar en el estudio de la risa y la sonrisa en Sarmiento, Antonio Machado, en Cervantes y en alguien de humor más ácido: Quevedo. Esa columna, titulada "La torre en guardia", la firmaba con el seudónimo de Antonino Rey, que ya había usado antes, así como el de César Rey, en tempranas colaboraciones literarias en *El hogar* y algún otro semanario ilustrado. Lo que pocos saben es que Victoria, consciente del singular manejo del idioma —a la vez que de las necesidades económicas— de su joven amigo, le propondría que le corrigiera o tradujera del francés sus textos literarios, pues el español aporteñado de Victoria era su idioma vernáculo, pero su lengua culta había sido desde pequeña el francés. *Sur* y Victoria Ocampo fueron cruciales para acercar al joven Lida aún veinteañero, a figuras estelares de la literatura y la cultura argentina e internacional, tales como Borges, Guillermo de Torre, Bioy Casares, Ortega y Gasset, Waldo Frank, Stravinsky y García Lorca.

También por entonces Lida comenzó a enseñar literatura española medieval, lengua castellana y composición, en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, donde se formaban los profesores de enseñanza secundaria, con habilitación para dictar clases en los colegios nacionales (entonces sólo de varones) y los liceos de señoritas, y donde por un tiempo se respiró un aire menos sectario que en la facultad. En ese instituto enseñaban excelentes profesores, tales como los ya mencionados Giusti, Henríquez Ureña, Alonso, Francisco Romero, y como Juan Mantovani (filósofo y pedagogo), Abraham Rosenvasser (egiptólogo), entre otros.¹⁵ Allí Lida tuvo como alumnas a jóvenes egresadas de las escuelas normales para maestras, como Ana María Barrenechea, Frida Weber [luego, de Kurlat], Emma Susana Speratti Piñero y otras, a quienes alentó a adentrarse en la filología y la crítica literaria, en las que luego descollaron. De entonces data la estrecha amistad con Anita Barrenechea, que perduraría a través de los años y las distancias.

¹⁵ Tulio Halperín Donghi, *Son memorias*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2008. El autor recoge recuerdos sobre ésta y otras instituciones en las que sus propios padres, Gregorio Halperín, latinista, y Renata Donghi, crítica literaria, participaron para sobrevivir la marginación de la universidad. Una de ellas era el Colegio Nacional de Buenos Aires, adscripto a la universidad, donde Lida también enseñó entre 1946 y 1947.

Lida también participó en el Colegio Libre de Estudios Superiores, entidad privada que fundó en 1930 un grupo de intelectuales, científicos y humanistas, entre los que figuraban Alejandro Korn, Francisco Romero, Amado Alonso, Henríquez Ureña y Bernardo Houssay, por citar sólo algunos. Dicho colegio fue creado como un centro de nivel universitario con una amplia labor cultural, ya que se llevaban a cabo numerosos cursos, conferencias y seminarios vinculados con las ciencias y las humanidades. Parte de las actividades del Colegio Libre quedó registrada en su revista *Cursos y conferencias*, que se editó a partir de 1931 y donde Lida publicó varios estudios sobre literatura y sobre filosofía del lenguaje, en particular sobre Croce, Gentile, Herder y Lessing. Agreguemos que de las décadas de 1930 y 1940 datan también traducciones diversas, varias de ellas anotadas, del alemán, francés e inglés, así como muchos artículos de crítica literaria, lenguaje y estética que aparecieron en distintas publicaciones periódicas, como la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* y el *Boletín de El Colegio de Graduados de la Facultad de Filosofía y Letras* de la misma universidad, y las revistas *Verbum*, *Megáfono* y *Nosotros*, entre otras.

En 1936, a los 28 años, Lida obtuvo por fin su primer nombramiento universitario, como profesor suplente en la cátedra de estética de la Universidad Nacional de La Plata. Este puesto, que era *ad honorem*, es decir, sin retribución salarial, le permitió durante una década, hasta 1947, ejercer en forma sistemática la docencia universitaria. Los viajes semanales en tren a esa ciudad también le ofrecían la oportunidad de departir con su maestro y amigo, Henríquez Ureña, y disfrutarlo como profesor exclusivo. El contacto con don Pedro acentuó en Lida el interés creciente por las letras hispanoamericanas, que se traduciría más tarde en varios artículos sobre autores tan diversos como Lugones, Mansilla, Güiraldes, Martí, Borges, Alfonso Reyes y Gabriela Mistral, entre otros, y que a lo largo de los años profundizaría en estudios más extensos sobre Darío y Sarmiento.

Cambios de rumbo

Los años de 1930 a 1947 no sólo fueron cruciales para el país y para Lida en su desarrollo profesional, sino también en lo personal. En noviembre de 1935 tuvo lugar su matrimonio civil con Leonor García (1908-1999), de familia católica, que había sido su compañera en la fa-



Raimundo Lida, con su esposa, Leonor García, y sus hijos Fernando y Clara, en Saltillo (Coahuila, Méx.), ca. 1948

cultad y una destacada alumna de filosofía de Francisco Romero. Al año siguiente nacería su hijo, Fernando, y cinco años después su hija, Clara Eugenia. Las obligaciones familiares le exigirían, pues, mayor estabilidad laboral e ingresos más seguros, que logró por unos años de modo algo fortuito.

En 1935, Raúl Prebisch (1901-1986), joven pero ya prestigioso economista, fue nombrado primer director del recién fundado Banco Central de la República Argentina, puesto del que fue destituido en octubre de 1943 por el gobierno militar que tomó el poder en junio de ese año. Dos de las preocupaciones de Prebisch eran, por una parte, desarrollar una biblioteca de economía que incluyera obras de historia, ciencias sociales y demás áreas pertinentes, así como publicaciones periódicas especializadas, para que el banco pudiera tener su propio gabinete de investigaciones; asimismo quería que las investigaciones, informes y correspondencia del banco estuvieran redactados en lenguaje correcto y preciso. Con estos dos objetivos en mente, consultó a Amado Alonso, quien, sin dudarle, recomendó a su joven colaborador para el puesto. Lida comenzó en 1937

a trabajar y permaneció hasta su renuncia en 1943, con un sueldo mensual de 500 pesos (en 1941 se le aumentaría 50 pesos).¹⁶ Para Raimundo esos años fueron muy positivos: no solo el sueldo le aseguraba cierta tranquilidad material, sino que la biblioteca del Banco Central fue, casi, su biblioteca. Con el apoyo total de Prebisch, Lida buscó, compró y estableció la que en su momento era la mejor biblioteca en ciencias económicas y sociales de Argentina.

De esos años data también su acercamiento sistemático a obras de pensamiento económico y de sociología de Wilfredo Pareto, Max Weber, Adam Smith, Marx y otros. Además, como parte de su labor para supervisar los escritos del Banco Central, redactó y mecanografió, con un cuidadoso índice temático, una carpeta titulada "Indicaciones gramaticales" (especie de diccionario de dudas y manual de estilo, como suele decirse ahora) para uso del personal, que el propio Prebisch conservó entre sus papeles hasta su muerte. La viuda de Prebisch entregó la carpeta a otro destacado joven economista, colega y amigo suyo, el mexicano Víctor Urquidí (1919-2004), quien mientras presidía El Colegio de México se la obsequió a Clara Lida en 1988, con una nota manuscrita en que decía: "he sacado una copia para aprovecharla en nuestros trabajos". De hecho, cuando Raimundo recordaba esos años en el banco, bromeaba diciendo que si bien no había sido el director, había sido el "dictador estilístico" que fijó las normas para los escritos del banco.

El año 1939 marcó un hito en el desarrollo académico de Lida. Con el respaldo de Américo Castro, recibió una beca Guggenheim (la volvería a recibir en 1960) para investigar en la Universidad de Harvard las ideas de George Santayana sobre lenguaje y literatura. El año que pasó en Estados Unidos, con su mujer y su pequeño hijo (embarcaron el 1° de septiembre, cuando estallaba la guerra en Europa), le permitió conocer y saborear las grandes bibliotecas universitarias y públicas de ese país, así como familiarizarse con un sistema académico que, en contraste con la difícil situación argentina, se basaba en la dedicación exclusiva (*full time*) de su profesorado con una remuneración acorde. La beca le otorgó, sobre todo, tiempo para avanzar sin distracciones en la prepa-

¹⁶ Como ayudante en el Instituto de Filología, cobraba 150 pesos, por lo que el sueldo del banco ampliaba bastante su ingreso. Agradecemos a Miranda Lida haber localizado y copiado algunos de los documentos que conserva su padre, Fernando.

ración de la que sería en 1943 su tesis doctoral para la Universidad de Buenos Aires, que ese mismo año publicó en la Universidad de Tucumán con el título *Belleza, arte y poesía en la estética de Santayana*.¹⁷ Durante su estancia en Estados Unidos fue delegado al II Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana celebrado en la Universidad de Los Ángeles (California), en 1940, donde lo eligieron vicepresidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Años más tarde, ya en México, asistiría en La Habana, en 1949, al IV Congreso de la misma institución, que lo designó miembro de la Comisión Permanente para la promoción de una Biblioteca de Clásicos Hispanoamericanos en colaboración con la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

El regreso a Buenos Aires, en 1940, marcó no sólo años amargos para Argentina, cuyos gobiernos tanto civiles como militares no ocultaban sus simpatías por los países del Eje, sino para el propio Lida, que hubo de retomar las largas y fatigosas jornadas de la mañana a la noche para sostener a su familia, dividiéndose entre el Banco Central y el Instituto de Filología, y recordando con nostalgia, no exenta de amargura, sus "orgías en la biblioteca de Harvard".¹⁸ En 1943, dirigió con sueldo la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Pudo así renunciar al Banco Central y, por primera vez en su país, dedicarse exclusivamente a labores académicas y culturales afines a sus intereses y temperamento, además de sus actividades como docente.¹⁹

Por otra parte, el contexto internacional era cada vez más angustioso. La derrota de la Segunda República Española en 1939, y la consiguiente represión masiva desatada en todos los ámbitos por los franquistas contra los vencidos, provocaron un éxodo masivo de republicanos que buscaban refugio en otros países. Si bien las derechas argentinas en el gobierno, que desde julio del 1936 habían simpatizado con Franco, no alentaron la llegada de exiliados españoles, entre los pocos a quie-

nes se permitió ingresar se encontraban muchos colegas de Lida con quienes había mantenido correspondencia. Así pudo conocer de primera mano las durezas de la guerra y del exilio español.²⁰ Por otra parte, las noticias que empezaban a llegar de las regiones ocupadas por los nazis, sobre el exterminio de los judíos europeos, lo afectaron sobremanera. A pesar de sus convicciones laicas, era lógico que la suerte de las comunidades judías, de las que provenían los suyos, y el creciente antisemitismo, que desplegaba en esos años la virulenta retórica de las derechas argentinas, lo llevaran al pesimismo. Después del golpe militar a mediados de 1943, el deterioro de la vida académica se manifestó claramente cuando varios colegas y amigos, algunos tan ilustres como Houssay y Francisco Romero, el historiador José Luis Romero (su hermano menor), el propio Giusti y el crítico de arte Jorge Romero Brest, entre otros, fueron despedidos de sus cátedras. Aunque el triunfo de los Aliados en 1945 trajo cierto alivio, la situación personal de Lida, al igual que la de la mayoría de los universitarios liberales, empeoró en vez de mejorar.²¹

El ascenso de Perón, acompañado en el ámbito cultural por elementos ultranacionalistas integristas, cuando no abiertamente profascistas, y siempre autoritarios, se reflejó en una nueva intervención gubernamental en las universidades nacionales y en la cesantía de la mayoría de los docentes opositores, entre quienes se contaba una vez más Houssay, junto con Amado Alonso y otros prestigiosos profesores y colegas.²² Hacia finales de 1946 el futuro se presentaba incierto, con el Insti-

²⁰ Sobre los filólogos exiliados, véase Barrenechea y Lois, *op. cit.* Los estrechos vínculos de Lida con Gonzalo Losada y su editorial también lo acercaron a escritores exiliados, como Guillermo de Torre, Francisco Ayala, Rosa Chacel, Rafael Alberti, entre muchos otros.

²¹ Lida no estuvo afiliado a ningún partido, aunque desde joven sus simpatías personales lo habían inclinado hacia el Partido Socialista y a la lectura de su periódico *La vanguardia*.

²² Tulio Halperín Donghi: *op. cit.* Del mismo autor, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 1962, cap. IV. Entre los papeles de Raimundo Lida hay un recorte de *La vanguardia* (año LII, núm. 13 431, p. 2) que le envió su esposa, titulado "Desmantelamiento de una facultad", publicado en 1947; aunque ella no lo fechó, por una inscripción manuscrita parecería ser de junio o julio. En él se hace un recuento de los muchos docentes "forzados a jubilarse", los "declarados cesantes" y los "obligados a renunciar" en la Facultad de Filosofía y Letras, entonces a cargo del interventor Enrique François. Y se menciona a Lida y a Rosenblat como emigrados a México y Venezuela por la atmósfera "ya irrespirable" en la facultad.

¹⁷ En la Universidad de Tucumán se había fundado una dinámica sección y colección de filosofía, mientras que la de letras tenía notable auge con jóvenes investigadores formados en el Instituto de Filología y algunos especialistas europeos exiliados.

¹⁸ Carta del 28 de febrero de 1942, de R. Lida a Alfonso Reyes, en Serge I. Zaitzeff, compilador, *Alfonso Reyes y los hermanos Lida. Correspondencia*, El Colegio de México, México, (en prensa).

¹⁹ Mayores detalles en el artículo inédito de Miranda Lida, "Buenos Aires, el 'paraíso perdido' de María Rosa Lida", cuya consulta agradezco.

tuto de Filología desmantelado, con Henríquez Ureña prematuramente muerto en mayo, con la *Revista de filología hispánica* definitivamente suspendida, con Alonso cesado y autoexiliado en Harvard, con Rosenblat en Venezuela, y Morínigo en Los Ángeles. Al comprender Raimundo que su futuro en Argentina se veía seriamente amenazado y que la universidad quedaría sometida a los dictados de la extrema derecha amparada (¡como en 1974!) por Oscar Ivanissevich, flamante ministro peronista de educación, optó por exiliarse a mediados de 1947, y aceptó la providencial invitación que unos meses antes le había cursado Alfonso Reyes, entonces presidente del Colegio de México. Se trataba de que Lida se trasladara a ese país con su familia (que lo alcanzaría en octubre); este nombramiento le permitiría continuar allí sus labores, volver a publicar la revista y formar un núcleo de estudios filológicos.

La etapa fundacional: El Colegio de México

El México al que llegó la familia Lida en 1947 era muy distinto de la Argentina que conocían. Pasaban de un país donde, no obstante las crisis, buena parte de la población disfrutaba de cierto bienestar material, a un México claramente más pobre y menos desarrollado; de una capital cosmopolita y moderna a una ciudad con muchos rasgos pueblerinos; de un ambiente esencialmente laico y multiétnico a un país fuertemente indígena y de raíces y prácticas populares hondamente religiosas; de instituciones intelectuales y culturales que aún mantenían su vitalidad, a pesar de la contracción de los espacios políticos, al México postrevolucionario que apenas dos sexenios antes había logrado la estabilidad política e iniciado el desarrollo cultural y académico.

En el ámbito profesional, Lida pasaba de un Instituto de Filología, que había sido un gran centro internacional en la materia, a un modestísimo Colegio de México, creado en 1938 por el presidente Lázaro Cárdenas como La Casa de España, para apoyar al exilio intelectual español. Fue refundado y mexicanizado como El Colegio de México en 1940, al cambiar los vientos políticos del país, con Alfonso Reyes como presidente y Daniel Cosío Villegas, también fundador y director del Fondo de Cultura Económica, como secretario. Mientras que el Instituto de Filología tenía en la Universidad de Buenos Aires sus propias instalaciones y había consolidado una importante biblioteca, hasta 1946 el colegio no tuvo



Raimundo Lida (México, D. F., ca. 1952)

más sede que algún despacho que le prestaba el Fondo de Cultura, y sólo a partir de entonces pudo alquilar una pequeña casa. La situación económica de la institución también era precaria y dependía del subsidio que malamente le daba el gobierno y que, periódicamente, disminuía. Así, Reyes como presidente y Cosío Villegas como secretario lucharon denodadamente contra el déficit, las devaluaciones, la inflación y la indiferencia del gobierno. Algunos años antes, en 1942, Reyes se lamentaba angustiado: “el porvenir está en las rodillas de los dioses”, pero, afortunadamente, en 1947 las rodillas no flaquearon.²³

Cabe explicar aquí que Alfonso Reyes, quien desde sus años mozos mantenía una larga y honda amistad con Henríquez Ureña, durante la Revolución Mexicana se había exiliado en Madrid (1914-1924) y había estudiado en el Centro de Estudios Históricos bajo la dirección de sus filólogos más destacados. En la década de 1930, como embajador de México en Argentina, se había acercado al Instituto de Filología y trabado amistad con Alonso y sus colaboradores. Al regresar a México para presidir, desde 1939 hasta su muerte en 1959, La

²³ Sobre R. Lida en El Colegio de México, Clara E. Lida y José Antonio Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural*, El Colegio de México, México, 1990, capítulos 1 y 5. [Reeditado en Clara E. Lida, José Antonio Matesanz y Josefina Z. Vázquez, *La Casa de España y El Colegio de México: memoria 1938-2000*, El Colegio de México, México, 2000.]



De izquierda a derecha, Ernesto Mejía Sánchez, Raimundo Lida y José Durand frente al Colegio de México, en Nápoles 5 (ca. 1949)

Casa de España, primero, y luego El Colegio de México, Reyes reunió en esas instituciones a refugiados españoles amantes de las letras, como Enrique Díez-Canedo, Agustín Millares Carlo y José Moreno Villa.

El interés del Reyes, escritor y humanista, por la literatura y la filología dio lugar a que pensara en crear un Centro de Estudios Literarios con Henríquez Ureña a la cabeza. Pero con la muerte de don Pedro en 1946 y los acontecimientos desastrosos en Argentina por el ascenso de Perón, fue Amado Alonso, ya en Harvard, quien convino con don Alfonso en trasladar al Colegio de México las tareas del Instituto de Filología y de su revista, bajo la dirección de Lida.²⁴ Así, con la ayuda de la Fundación Rockefeller —que ya antes había apoyado las labores del primer centro de El Colegio de México, el de estudios históricos, fundado en 1941 por Silvio Zavala— se hicieron los trámites para trasladar a Raimundo y su familia a México; asimismo, se asignó una suma para comprar libros y materiales destinados a una biblioteca especializada, que Lida nuevamente iba a impulsar con vigor, sentando las bases de lo que es hoy el fondo de lingüística y literatura de El Colegio de México. En

²⁴ Véanse Beatriz Garza Cuarón: "La herencia filológica de Pedro Henríquez Ureña en El Colegio de México", *Revista iberoamericana*, núm. 142, (enero-marzo), 1988, pp. 322-330; "Nueva revista de filología hispánica", *Romanische Forschungen*, vol. 100, núm. 1-3, 1988, pp. 172-182; y "El legado de Alfonso Reyes al Colegio de México", *Nueva revista de filología hispánica*, vol. 37, núm. 2, 1989, pp. 419-424.

1948 un segundo aporte de la Rockefeller permitió becar a un grupo de estudiantes de filología, seis mexicanos y seis hispanoamericanos, para que estudiaran allí.

El año 1947 trajo a Raimundo cambios muy profundos, tanto profesionales como personales. Sus vínculos universitarios con Argentina iban a disolverse para siempre, aunque en lo personal nunca dejó de recordar a sus viejos amigos y al Buenos Aires que siempre echó de menos.²⁵ A partir de entonces, exiliado en un país extraño, pero por el que viajaría con su familia y le abriría los ojos a nuevas realidades y experiencias latinoamericanas, Lida pasaba a asumir como suyas funciones que, *mutatis mutandis*, emulaban las cumplidas por Alonso en Buenos Aires. No sólo dejaba de estar bajo la guía directa de su maestro, sino

que él mismo se convertía en fundador del Centro de Estudios Filológicos,²⁶ en maestro de jóvenes generaciones de alumnos latinoamericanos y en creador, a su vez, de la *Nueva revista de filología hispánica (NRFH)*, continuadora en México de sus antecesoras española y argentina (la primera suspendida entre julio de 1937 y diciembre de 1940, y luego pobremente editada por el franquismo; la segunda fue interrumpida definitivamente en 1946). Si bien Lida sólo figuró como secretario y nunca quiso asumir el título de director —que, a pesar de la distancia, Alonso retuvo hasta su muerte en 1952, y que a partir de entonces asumió don Alfonso—, prácticamente todo el peso de la *NRFH* recayó sobre sus hombros hasta que dejó México para instalarse en Harvard, incluso entonces no dejó de ocuparse y preocuparse por sus altibajos y retrasos cuando lo sucedió su discípulo Antonio Alatorre.

²⁵ El 23 de abril de 1956, Bernardo Houssay, reinstalado en su cátedra en la universidad, publicó en *La prensa* el artículo "Recuperemos nuestros intelectuales emigrados", en el que menciona a Raimundo como uno de los que se debiera repatriar en "condiciones de trabajo adecuadas [y] dedicación 'full time'".

²⁶ El nombre de este Centro varía según las fuentes: "Centro de Estudios Literarios", "Seminario de Filología", "Centro" o "Seminario de Literatura", "Centro de Estudios Literarios y Filológicos", "Seminario de Estudios Lingüísticos", etcétera. Lo cierto es que en la correspondencia, Lida siempre se refiere a él como "Centro de Estudios Filológicos" (CEF), incluso señala, en una carta a don Alfonso, que sus iniciales le eran caras por ser las mismas de sus hijos, Clara Eugenia y Fernando Lida y Matesanz, *op. cit.*, cap. 5, nota 8.

Así, pues, a su llegada a México, Lida inició, por una parte, la publicación de la *NRFH*, para que entre el último número de su predecesora argentina (*RFH*), de enero a junio de 1946, y el primero de la nueva serie mexicana, de julio a septiembre de 1947, no transcurriera demasiado tiempo. Además, organizó en El Colegio de México un programa docente de tres años que proveyera sólida formación académica a los jóvenes becarios, aprendices de filólogo. Éstos combinarían sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde Lida dictaba clases, con seminarios especializados en literatura y lingüística impartidos en El Colegio de México bajo su tutoría personal. Los becarios debían asimismo colaborar en la preparación de la *NRFH*, corrigiendo galeras, revisando estilo, compilando bibliografías y redactando la “revista de revistas”, actividades que Lida consideraba parte integral del aprendizaje. La presencia cercana de varios intelectuales españoles refugiados le permitió a Lida afianzar ambos proyectos y hacer que participaran en el nuevo centro como profesores o como colaboradores de la revista. Entre ellos podemos recordar a Adolfo Salazar, José Moreno Villa, Agustín Millares Carlo (que en 1924 había dirigido el Instituto de Filología de Buenos Aires, reemplazando a Américo Castro), Pedro Urbano González de la Calle y Eugenio Ímaz.

Los cursos se iniciaron a comienzos de 1948 y duraron hasta 1951. En ellos lo mismo se estudió la literatura mexicana desde la Colonia hasta el siglo xx, que las lenguas indígenas de México. Asimismo, se impartieron historia medieval de España y gramática histórica; latín y paleografía; los humanistas españoles y la literatura peninsular; hubo, además, algún curso de alemán y de francés. Pero el propio Lida era quien en este programa cubría el espectro más amplio de materias, dictando

un curso de fonética y fonología, otro de gramática histórica (morfología y sintaxis), otro de lingüística general, otro de filosofía del lenguaje, [...] otro sobre mister de clerecía y mister de juglaría, otro sobre Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez. [Lida] nos hizo unas inolvidables lecturas comentadas de varios *Diálogos* de Platón [...]; nos introdujo a Herder y a [Wilhelm von] Humboldt, a Saussure y a Bally, a Bergson y a Santayana, a Croce y a Vossler; nos habló de las doctrinas elaboradas en los grandes “círculos lingüísticos” europeos [Praga, Copenhague...], y traduciendo a libro abierto [...] nos leyó los pasajes más representativos de sus ideas.²⁷

²⁷ Testimonio de Antonio Alatorre, recogido en Lida y Mate-sanz, *op. cit.*, cap. 5.



Raimundo Lida con Jorge Luis Borges y Paul Bénichou, en su casa (Cambridge, Mass., 1967)

En esos años el centro recurrió también a destacados hispanistas que visitaban México para que dieran conferencias y cursillos. Así, por ejemplo, Amado Alonso pronunció en 1947 una conferencia sobre Lope de Vega y en 1949 otra sobre fray Luis de León. En noviembre de 1948 Dámaso Alonso impartió un cursillo titulado “Cuatro lecciones sobre textos clásicos del Siglo de Oro: Garcilaso, Fray Luis, Góngora y Lope”. Ese mismo año Marcel Bataillon habló sobre *La Celestina* y María Rosa Lida sobre la idea de la fama en la Edad Media. En 1950 Jorge Guillén dictó un cursillo sobre poesía y poetas del Siglo de Oro.

El último periplo

Al cabo del primer ciclo trienal de cursos (1948-1950) las rodillas de los dioses volvieron a temblar y las cosas cambiaron radicalmente. El subsidio de la Fundación Rockefeller concluyó sin que El Colegio de México lograra renovarlo. De hecho, había sido otorgado para el lanzamiento del centro (y de la revista) y se entendía que luego El Colegio de México se haría cargo de todo. Pero, como ya se dijo, éste carecía de recursos propios. Todavía sobrevivía en él algún becario, pero ya no había cursos ni seminarios ni estudiantes. Por su parte, Lida centraría sus trabajos en temas menos vastos que en su etapa argentina y los orientaría a la estilística de la literatura hispanoamericana, con importantes estudios sobre Darío y Sarmiento, y sobre sus admirados amigos

Gabriela Mistral y Alfonso Reyes; emprendería estudios acerca de autores españoles contemporáneos como Machado y otros a quienes llegó a tratar personalmente, como Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén y Pedro Salinas; pero, sobre todo, iba a concentrar su pasión y energía en los poetas y prosistas de los siglos de oro, especialmente en Quevedo. Con excepción de su largo estudio sobre Bergson, incluido en *Letras hispánicas*, poco volvería a publicar sobre filosofía y estética del lenguaje, como si el ímpetu filosófico y teórico que había desplegado en Buenos Aires se hubiera ido apagando en México; tal vez por falta de un ámbito favorable para su desarrollo o quizá porque se iba distanciando de esquematizaciones y especulaciones



María Rosa y Raimundo Lida, con estudiantes de Harvard, 1954

teóricas alejadas del texto y su entorno —actitud que ya había manifestado ante Spitzer y Vossler—, e iba afirmando una independencia crítica, creadora y de goce estético por la obra literaria. Esto jamás lo eximió de la obligación de “leer con un máximo de exactitud”, comparando y situando la obra en una tradición, en “un sistema de intenciones”, sin dejar nunca de lado la comprensión cabal del texto en toda su complejidad, “sin pasividad y sin beatería”.²⁸

Además de la cercanía con sus alumnos, Raimundo hizo muchas amistades duraderas en México: don Alfonso encabezaba la lista, pero también Jesús Silva Herzog, fundador de *Cuadernos americanos*, revista en la que Lida colaboró gustoso; Silvio Zavala, su colega historiador en El Colegio de México; José Luis Martínez, crítico literario; Juan José Arreola, escritor; Arnaldo Orfila Reynal, director del Fondo de Cultura Económica desde 1948, a quien ya conocía desde Argentina, y su esposa, Laurette Séjourné, arqueóloga, por mencionar algunas, amén de los más jóvenes que apenas despuntaban. Pero, a partir de 1951, Lida percibió un futuro muy incierto, a pesar del aprecio y deferencia que hacia él siempre mostraron Reyes y otros colegas de El Co-

legio de México, la Universidad Nacional Autónoma de México y el Mexico City College, donde asimismo enseñó, pues en México las dificultades económicas empujaban a los universitarios al pluriempleo. Esto, sin mencionar a los amigos del Fondo de Cultura Económica, donde desde 1950 dirigía la colección de Lengua y estudios literarios.²⁹ De hecho, Lida estaba cada vez más convencido de que el Centro de Estudios Filológicos y la NRFH podrían desaparecer en cualquier momento por falta de recursos. Así, ante la incertidumbre económica, aceptó invitaciones para enseñar en la Ohio State University en el verano de 1951 y en la primavera de 1952; pero, aun a la distancia, no dejó de estar puntualmente a cargo de la revista, tarea a la que iba quedando reducido el centro.

A pesar de las estrecheces presupuestarias, Lida prosiguió sus actividades con enorme dedicación y esfuerzo. Así, por ejemplo, logró sacar adelante la colección de anejos de la NRFH, de la que sólo mencionaremos algunos títulos, de la docena larga que vieron la luz en esos años gracias a la pluma de distinguidos hispanistas. El primero, en 1950, fue el de María Rosa Lida sobre Juan

²⁸ Véase estas reflexiones en el diálogo con J. L. Borges, “La pasión literaria”, recogido en María Esther Vázquez, *Diálogos*, Emecé, Buenos Aires, 1978. También en Raimundo Lida, *De la literatura hispánica moderna*, El Colegio de México, México, 2008, p. 59, ss. Cfr. *supra*, nota 15.

²⁹ En 1948, Cosío dejó la dirección del Fondo de Cultura Económica en manos del argentino Arnaldo Orfila Reynal, quien impulsó la creación de varias colecciones importantes, como los famosos Breviarios. En 1950 Raimundo Lida fundó allí la serie Lengua y estudios literarios (véase su “Presentación”, en el *Catálogo general* del Fondo de Cultura Económica, de 1955, pp. 363-367).



Denah y Raimundo Lida (Nápoles, Italia, 1960)

de Mena; al que siguieron, en 1951, el de Stephen Gilman sobre Cervantes y Avellaneda; y el de José F. Montesinos sobre Lope de Vega; cabe recordar, también, la *Ortografía* de Mateo Alemán, publicada por José Rojas Garcidueñas, con un estudio preliminar de otro decano de la filología española, Tomás Navarro Tomás; y *Liberales y románticos*, de Vicente Llorens, publicado en 1954, al igual que *Unamuno, teórico del lenguaje*, por Carlos Blanco Aguinaga. Antes de su partida, Lida alcanzó a asegurar la edición del estudio sobre *José María de Heredia, primogénito del romanticismo hispánico*, por Manuel Pedro González (1955), y de la que sería tesis doctoral de Ana María Barrenechea en Bryn Mawr, que en 1957 se publicó con el título *La expresión de la irrealidad en la obra de J. L. Borges*.

La muerte de Amado Alonso en 1952 significó un nuevo giro profesional para Lida. La Universidad de Harvard lo invitó como profesor visitante un semestre, y poco después un *Search Committee ad hoc* lo designaba para ocupar el cargo de *full professor* en su Departamento de Lenguas y Literaturas Romances, que asumió a partir de septiembre de 1953. Con este nombramiento, Raimundo dejaba para siempre las azarosas peripecias del pluriempleo, la angustia ante los altibajos económicos, la incertidumbre laboral y el peregrinar de un país a otro que habían marcado casi toda su vida.

Los años en México trajeron también un cambio nada feliz en su vida familiar. Leonor, su esposa, se

había sentido muy aislada en un país extraño, donde el futuro se le figuraba incierto y cuyas dificultades le parecían por momentos insalvables. Paulatinamente fue entrando en una depresión que un lustro después asumió características psicóticas. Pocos recursos ofrecía la psiquiatría y muy poco avezado resultó Raimundo ante ello, pues, ensimismado en sus tareas, apenas reparó en la crisis por la que atravesaba su mujer y eso desembocó en la ruptura matrimonial, que sobrevino en Cambridge, en 1954. Los hijos regresaron con su madre a Argentina, mientras Lida permanecía en Harvard, de donde sólo salió en muy breves paréntesis entre 1953 y su muerte, el 20 de junio de 1979.

Ya en Estados Unidos, en diciembre de 1955, Lida rehizo su vida junto a Denah Levy (1923-2006), joven hispanista neoyorquina formada en la Universidad de Columbia, a quien él había conocido en México cuando ella preparaba su doctorado.³⁰ Denah era hija de inmigrantes sefardíes greco-turcos de Salónica y Esmirna, y su lengua materna fue el judeo-español o ladino, pero, al igual que su marido, tampoco era religiosa, lo cual atribuía en buena medida a la educación liberal y laica recibida en el excelente sistema público pluriétnico de Nueva York, que entonces se asemejaba al de la infancia y juventud argentinas de Raimundo.

Coda

En Harvard, Lida hizo una vez más de la Biblioteca Widener *su biblioteca*, pero esta vez construiría sobre la gran colección que habían ido creando desde el siglo XIX quienes lo precedieron. En esos años recibió diversos honores, entre ellos su designación por la universidad como catedrático de la prestigiosa Smith Chair, en 1968; su ingreso en 1970 en la American Academy of Arts and Sciences, y en 1975, en la Academia Argentina

³⁰ Véase Lida y Matesanz, *op. cit.*, pp. 77-82. Denah Levy ya casada, fue profesora de la Brandeis University (cerca de Boston) y se distinguió por sus estudios sobre Pérez Galdós.



Raimundo Lida en su estudio (Cambridge, Mass., ca. 1973-74)

de Letras como miembro correspondiente.³¹ Esta paz sólo fue ensombrecida por la prematura muerte en 1962 de su hermana y compañera intelectual, María Rosa Lida de Malkiel.³² Años más tarde, la misma implacable enfermedad había de poner fin a su vida, meses después de cumplir setenta años.

No nos adentraremos aquí en los años de Harvard, con los que finaliza su largo itinerario. Para reconstruir esa etapa sería necesario consultar los archivos de esa universidad, que conserva cartas y documentos suyos.³³ Sin embargo, podemos adelantar que gracias a la correspondencia, a sus esporádicas visitas a Buenos Aires, así como a México, Puerto Rico y España, y a las de quienes pasaban por Cambridge, siempre se esforzó por mantenerse en contacto con el ámbito cultural his-

³¹ José Luis Moure, de esta academia, le dedicó un fino homenaje titulado "A cien años del nacimiento de Raimundo Lida (1908-1979)".

³² María Rosa compartió con su hermano el sentido de peregrinaje vital. Poco antes de morir en Berkeley, California, volvió a Buenos Aires, donde en agosto de 1961 dictó en la Facultad de Filosofía y Letras la conferencia "La peregrina en su patria", título inspirado en el de la novela casi homónima de Lope de Vega. Véase el texto en *Revista universidades*, núm. 5, julio-septiembre, 1961, pp. 16-26.

³³ El Archivo Histórico y el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México poseen papeles de R. Lida. Parte de la correspondencia con su hermana se encuentra depositada en la Universidad de Berkeley; la correspondencia con A. Alonso está en Harvard, y parte de la que mantuvo con A. Reyes está en la Capilla Alfonsina, en la capital mexicana.

pánico y con antiguos amigos. Entre estos destacan los argentinos Enrique Anderson Imbert, luego su colega en Harvard, Borges —con quien sostuvo un memorable diálogo crítico—,³⁴ Victoria Ocampo, Rosenblat, Ana María Barrenechea y el más joven, H. A. Murena; de México, Alfonso Reyes, Jesús Silva Herzog, Octavio Paz (por unos años en Harvard), y su entrañable Arnaldo Orfila Reynal. Otros más fueron Nilita Vientós Gastón, la incansable defensora del español en Puerto Rico; y en España, el eminente filólogo Rafael Lapesa, el erudito Antonio Rodríguez Moñino, y el gran decano de la filología hispánica, Ramón Menéndez Pidal. A la vez, tampoco dejó de acoger a quienes habían sido sus discípulos, ni a los jóvenes que se le acercaban atraídos por el prestigio intelectual del maestro y la calidez de su trato personal.

El Raimundo Lida que en 1953 hizo de Estados Unidos su hogar definitivo ponía fin a su peregrinaje desde un lejano gueto judío de la frontera austrohúngara hasta la minicosmópolis de Harvard Square. Con ello concluían también los trabajos a los que lo había sometido la fortuna, con lo que pudieran haber tenido de formativos y enriquecedores, pero también de amargos y duros. Atrás quedaba su variado e intenso aprendizaje como filósofo y como filólogo, y su versátil participación en diversas empresas culturales y humanísticas. Pero también atrás quedaban los juveniles sueños argentinos de un futuro luminoso a la vuelta de la esquina y el sueño de un puñado de mexicanos virtuosos que se empeñaron en construir instituciones en tiempos difíciles.

Tal vez su complejo peregrinaje vital lo preparó para escapar en esa última etapa de todo aquello que estimaba como distracciones de su quehacer intelectual y concentrar toda su energía en el trabajo académico, sin por ello abandonar los cimientos de la vasta cultura que lo había marcado desde joven. En ese tramo final, los únicos sueños a los que dedicaría sus desvelos fueron los *Sueños* de Quevedo y sus demás prosas, sin por ello descuidar en sus escritos y desde la cátedra a diversos autores clásicos y modernos, peninsulares e hispanoamericanos, como lo había hecho desde sus tempranos años como filólogo y crítico literario.³⁵

³⁴ Cf. *supra*, nota 30.

³⁵ Véase su libro póstumo, *Prosas de Quevedo*, Crítica, Barcelona, 1981, 321 pp., publicado por Denah Lida. También la colección *Estudios hispánicos*, edición de Antonio Alatorre, El Colegio de México, México, 1988.



VOICES
of Mexico

Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales.

La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología, relaciones internacionales, arte y cultura.

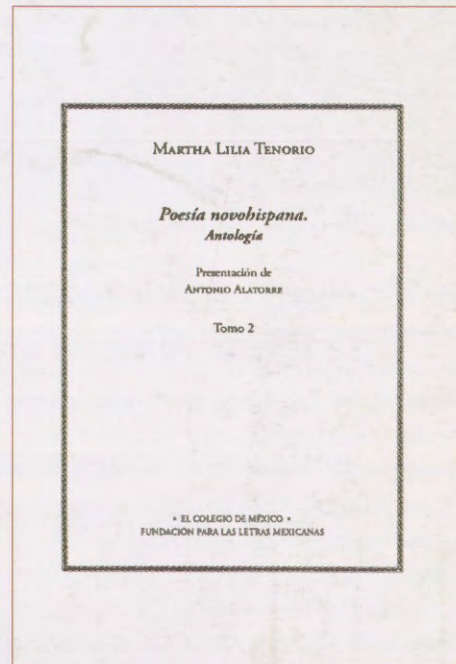
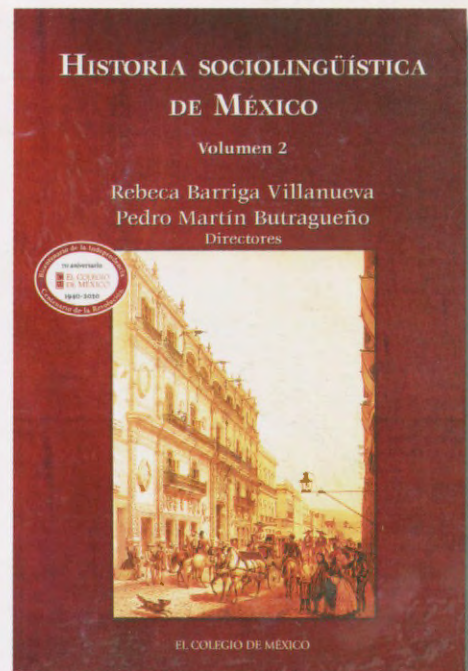
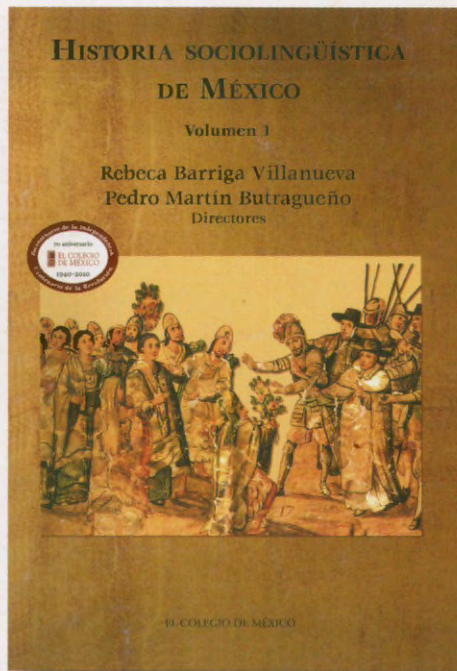
SUSCRIPCIONES

Canadá 203, col. San Lucas, Coyoacán, 04030, México, D. F.

Tels. y fax (01 52 55) 5336 3601 • 5336 3596

5336 3595 • 5336 3558

voicesmx@servidor.unam.mx



El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx